

209.976

CUADERNOS DE CULTURA

CUARTA SERIE

5

JOSE Z. GONZALEZ DEL VALLE

LA VIDA LITERARIA
EN CUBA

(1836-1840)



INTER-AMERICAN DEMONSTRATION CENTER
OF UNITED STATES OFFICE OF EDUCATION
EVANDER CHILDS HIGH SCHOOL
900 EAST GUN HILL ROAD, N. Y.

PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA DE EDUCACION
DIRECCION DE CULTURA
LA HABANA, 1938

CUADERNOS DE CULTURA

PRIMERA SERIE

(AGOTADA)

1

Gabriela Mistral: LA LENGUA DE MARTI.

2

Pbro. Félix Varela: EDUCACION Y PATRIOTISMO.

3

José Martí: EDUCACION.

4

José de la Luz Caballero: FILOSOFIA Y PEDAGOGIA.

5

José Antonio Saco: IDEARIO REFORMISTA.

6

Máximo Gómez: RECUERDOS Y PREVISIONES.

SEGUNDA SERIE

(AGOTADA)

1

José Martí: HOMBRES DE CUBA.

2

Gertrudis Gómez de Avellaneda: SELECCION POETICA.

3

Enrique José Varona: PAGINAS CUBANAS.

4

José María Heredia: PREDICAS DE LIBERTAD.

5

Francisco de Arango y Parreño: DE LA FACTORIA
A LA COLONIA.

6

Antonio Maceo: DISCIPLINA Y DIGNIDAD.

LIBRARY 209976

EVANDER CHILDS HIGH SCHOOL
P.O. E. New Hill Rd.

CUADERNOS DE CULTURA

CUARTA SERIE

New York City 5

JOSE Z. GONZALEZ DEL VALLE



LA VIDA LITERARIA EN CUBA

(1836-1840)

PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA DE EDUCACION
DIRECCION DE CULTURA
LA HABANA, 1938

B.U. CAEN-DROIT-LETTRES



D

006 171532 3

MANIOC.org

Université de Caen Normandie
Service commun de la documentation

CUATRO AÑOS DE CUETTERA

CUARTA SERIE

Ms. 101. 11



JOSE F. GONZALEZ DEL VALLE

LA VIDA LITERARIA
EN CUBA

(1838-1840)

RELACIONES EN LA HISTORIA DE EDUCACION
EN CUBA
LA HABANA, 1940

LA VIDA LITERARIA EN CUBA
(1836 - 1840)

LA VIDA LITERARIA EN CUBA
(1890-1940)

CARDENAS Y CIA.
AVENIDA DE ITALIA 258
HABANA

LA VIDA LITERARIA EN CUBA

(1836 - 1840)

[*AS cartas que vamos a reproducir merecen ser conocidas de las generaciones presentes, porque nos hablan de una época de esplendor de nuestra historia literaria, reveladora de los sentimientos generosos e ideas avanzadas de aquellos jóvenes escritores que quisieron reformar las costumbres poniendo de relieve por medio del arte literario las lacras sociales de su tiempo.*

Sólo unos cuantos eruditos conocen estas cartas, que vieron la luz primero, hace casi doce lustros en la Revista de Cuba, el año de 1879, y recuerdan al que las escribió, muerto prematuramente, en plena juventud, 87 años ha.

En toda la producción literaria y filosófica de entonces, se observa la tendencia moralizadora que dominaba a aquella juven-

tud, hasta con perjuicio del arte. Pero había que mejorar las costumbres, despertar los sentimientos de bondad y justicia, y a esa noble tarea se consagraron aquellos nobles y generosos corazones que anhelaban ver suprimidas la trata de africanos y la esclavitud.

Para conseguirlo había que propagar e inculcar las nuevas ideas, que educar e instruir; y muchos de ellos se dedicaron al ejercicio del magisterio con preferencia, como la manera más directa y eficaz de actuar; y todos fueron oradores, periodistas, escritores. Ansiosos de saber no eran bastantes los centros oficiales de cultura; formaron academias y tertulias privadas, adonde acudían para adelantar o perfeccionar sus conocimientos; mantenían intercambio de libros e ideas, y correspondencia frecuente entre ellos mismos para conservar mejor su entusiasmo y fortalecer sus principios en beneficio de la causa por que trabajaban.

Por el epistolario que va a leerse se verá que José Zacarías González del Valle perteneció a aquel grupo de escritores que con su entusiasmo y saber dió impulso a las

letras y a la filosofía, y carácter a un período de nuestra cultura por las ideas de libertad que propagó en la forma y por los medios posibles entonces; pero que con el andar del tiempo habían de dar sus frutos. Los hombres de ese grupo fueron nuestros enciclopedistas, los precursores, los que contribuyeron a transformar las ideas y a preparar, sin proponérselo, tal vez, la gran epopeya del 68.

No hay que olvidar, desde luego, a Varela y Arango y Parreño, antecesores inmediatos, de los más prominentes, del grupo mencionado.

El problema más urgente y difícil de solucionar era el de la esclavitud, que no podía ser tratado públicamente ni resolverse por la sola voluntad de los amos; pues aunque las leyes autorizaban la emancipación de los esclavos el gobierno no la consentía. ¿No había querido expatriar a José Antonio Saco el capitán general Ricafort por abogar por la supresión del tráfico negrero en la Revista Bimestre Cubana (1832), con ocasión de un artículo del reverendo Walsh sobre el Brasil? Si la intervención del insigne patricio

Arango y Parreño impide entonces el destierro, dos años después, gobernando Tacón, es obligado a salir de Cuba por la defensa que hace de la Academia Cubana de Literatura, y por los informes que dan contra él dos cubanos esclavistas: el padre Juan Bernardo O'Gaban y el intendente de Real Hacienda Claudio Martínez de Pinillos, conde de Villanueva. Este era el pretexto para deshacerse del formidable polemista bayamés; porque la causa verdadera estaba en sus ideas antitratistas expresadas en 1832. Esta vez acude también en su defensa otro gran cubano, José de la Luz y Caballero; pero todo es inútil. Combatir el comercio de negros, no ya la esclavitud, en aquellos tiempos era delito, y delito más grave que el de conspirar por la independencia política de la Isla.

Los del grupo citado disfrutaban más o menos directamente, y en mayor o menor escala del trabajo esclavo, el único que, por otra parte, había entonces. Mas por eso mismo, viendo tan de cerca los horrores de la esclavitud y del tráfico de negros sintieron más honda repulsión por esas dos ins-

tituciones, y como eran hombres de corazón, imbuídos de los principios de libertad, igualdad y fraternidad, trabajaron silenciosamente, en los círculos privados, por el cese de esas dos lacras que envilecían la sociedad de su tiempo. En público sólo podían hablar de la justicia y de la libertad en abstracto; combatir en el terreno filosófico el principio de autoridad, y defender los fueros de la razón, el derecho y la dignidad del hombre.

Los animadores principales del movimiento literario y filosófico de aquella época fueron Domingo del Monte y José de la Luz y Caballero, respectivamente, a cuyo lado se formó y tomó orientación el grupo de jóvenes a que nos hemos venido refiriendo: Luz y Caballero, Saco, Jorrín, Villaverde, los dos Betancourt (José Ramón y Gaspar), Zambrana (R.), Cárdenas y Rodríguez, los dos Govantes (Pedro Pablo y José Agustín), Milanés, Matamoros, Echeverría, los dos Valle (Manuel y José Z.), Palma, Tanco, Costales, Frías, Cintra, Suárez y tantos otros.

Las tertulias delmontinas tienen gran significación e importancia para las letras cubanas, no sólo desde el punto de vista de la mera literatura, sino más aún en el orden de las ideas sociales y políticas. En aquel cenáculo era donde únicamente podían exponerse con entera libertad todas las doctrinas, todas las ideas que bullían en las mentes de los contertulios. Del Monte a todos los oía, sin alarmarse por las opiniones sustentadas; daba calor a las producciones que se presentaban, cuando lo merecían; alentaba y aconsejaba a todos; sabía descubrir el talento y las aptitudes de sus amigos y les señalaba el camino a seguir: era en suma el orientador de aquel grupo, y todos lo admiraban, oían sus consejos y los seguían.

Anselmo Suárez y Romero al referirse a esas tertulias dice:

La casa de Del Monte estaba siempre llena de jóvenes literatos, atraídos por la elegancia de sus maneras, la suavidad de sus amonestaciones, el acierto de sus críticas, la modestia de su carácter, la paciencia con que todo lo escuchaba, la proligidad con que corregía cualquiera producción, las palabras alentadoras con que inducía a seguir trabajando, y la firmeza y el decoro con que sostenía sus opiniones.

A esto hay que agregar, para completar el cuadro de la actividad e influencia de Del Monte, la correspondencia frecuente que mantenía con todos los escritores de su grupo, con sus compatriotas en el extranjero y con sus selectos amigos de Europa y América a los que tenía al tanto de los progresos literarios de los cubanos y de la manera de pensar de muchos de ellos sobre los problemas sociales y políticos de la época.

Que Del Monte y su grupo eran contrarios a la esclavitud lo prueba el haber comprado la libertad del poeta Juan Francisco Manzano; entregado al comisionado inglés en esta capital encargado de impedir la importación de esclavos, Mr. Ricardo Madden, copia de la autobiografía, cartas y poesías de Manzano para traducirlas al inglés; alentado a Suárez y Romero para que escribiera la novela Francisco, que copiada y corregida por José Zacarías circuló entre muchos de los del grupo mereciendo grandes elogios, fué entregada también a Madden, así como las Elegías cubanas de Matamoros, en que se habla de la suerte infeliz de los

esclavos, y una poesía de José Zacarías sobre el mismo asunto.

Este era el más joven del grupo delmontino. Nacido el 5 de noviembre de 1820, contaba sólo 17 años cuando dió comienzo a sus actividades literarias, concurriendo uno o dos años más tarde a las Tertulias de Del Monte. Su carácter afable y sencillo, su aplicación y saber le granjearon la amistad de todos los concurrentes a la casa del maestro.

Anselmo Suárez y Romero, amigo de Valle desde la escuela, le profesó una amistad—siempre correspondida—que con los años fué más estrecha y que ni la muerte le hizo olvidar. Espíritus afines, con iguales ideas y sentimientos ofrecen un modelo de esta clase de afecto que todos quisiéramos encontrar en la vida y que habla muy alto de la superioridad moral de esos dos seres privilegiados.

Aquel amigo que recordaba con frecuencia a Valle, escribió estas líneas en el Prólogo de las Obras de Ramón Palma:

Allí concurría Valle [a casa de Del Monte], mozo imberbe todavía, pero prodigio ya por su encumbrada capacidad, por su arrastradora

elocuencia; y por lo inmaculado de sus afectos y costumbres; que así estudiaba las leyes y la filosofía, como las ciencias naturales y la literatura; que se atrevía a entrar en recias lides con el hombre más grande de nuestra patria [José de la Luz]; y que en lo más florido de sus años murió víctima de su frágil constitución y de sus incesantes trabajos intelectuales.

La más sentida y bella semblanza de Valle la escribió Suárez, en la que palpitan el más puro afecto y la emoción más sincera, realizados con esa su prosa límpida y castiza. Esa semblanza o biografía, recién impresa por el autor, en su libro Colección de Artículos, pidió Don Pepe que fuera leída en los exámenes de El Salvador de diciembre de 1859 “porque quería que el colegio le rindiese así un homenaje de la veneración que debe Cuba a su memoria”.

Luz apreciaba mucho a José Zacarías por su carácter y por su saber, y lo invitaba para que asistiese a las conclusiones de filosofía que daba al final del curso en el convento de San Francisco. Tenemos dos elencos de Don Pepe (1839 y 1840) dedicados a Valle, en el primero de los cuales se lee: “Al Sr. Ber. D. José Zacarías González del Valle—

suplica su asistencia como réplica, S. A., J. de la Luz''.

Y éste por su parte concurría a las conclusiones que presentaba Valle en la Universidad como catedrático del Texto Aristotélico.

Cuando se inició la polémica sobre el eclecticismo de Cousin, no pudiendo Luz continuar la discusión con su joven contendor por los periódicos, por negarse éstos a insertar tan largos comunicados lo invitó a que concurriese a su hogar para poder tratar ampliamente todas las cuestiones que ofrecía a la crítica la doctrina de Cousin. Y Valle fué veinte ocasiones a casa del maestro, que le llevaba igual número de años de edad, sin que lograrse cambiarle sus ideas y hacerlo comulgar con el sistema sensualista.

Valle fué maestro desde muy joven. Dió clases primero en una academia particular de niñas; luego en el colegio Santa Teresa de Jesús, y por último en la Universidad como catedrático del Texto Aristotélico y de Física. Pero sus emociones más profundas como maestro las experimentó enseñando a

las niñas: fué educador por vocación, porque sentía amor por la enseñanza.

En una de sus cartas aquí insertas da cuenta del sentido en que explicaba el Texto del estagirita: no para hacer jurar a los alumnos en las palabras del filósofo, sino desde un punto de vista crítico.

Para esta clase compuso y publicó Breves explicaciones con motivo de algunos lugares de Aristóteles (1839). Y para la de física escribió y editó Lecciones elementales de Meteorología (1849), que fueron de gran provecho y utilidad para sus discípulos por no haber nada escrito en castellano apropiado para la enseñanza.

Conquistó afectos entre sus alumnos el joven catedrático de filosofía. Uno de sus discípulos, José Manuel Mestre, al componer por encargo del claustro universitario en diciembre de 1861 el elogio de su maestro, dijo:

José Zacarías González del Valle fué para mí, no sólo un maestro bondadoso y solícito, a quien debí en la época más crítica de mi vida de estudiante, saludables y oportunos consejos, sino un amigo cariñoso que olvidando la diferencia que entre nuestras edades mediaba, estrechó mi mano muchas veces con afecto al descender de la cátedra, llegando a establecer

conmigo unas relaciones, tan tiernas y respetuosas por mi parte, como llenas de benevolencia por la suya...

...aun resuena en mi pecho aquella palabra gratisima que nunca expresó sino pensamientos de bien y de verdad; aun acaricia mi oído aquella dulce y melodiosa voz que parecía templar nuestras almas con cierta magia inexplicable; aun se me figura verle entre nosotros con su aire modesto y reposado, ejemplo raro de todas las virtudes, y modelo el más perfecto para el mejoramiento de cuantos le rodeaban...

Era José Zacarías de temperamento apacible, de sentimientos delicados y puros, de rectitud de principios y de moral estricta; pero su cuerpo débil y enfermizo no podía resistir la intensa vida intelectual a que se consagraba y que hubo de terminar con su existencia antes de cumplir los 31 años de su edad.

Cortaba las hojas de la Historia de los Reyes Católicos de Prescott, el 2 de octubre de 1850—refiere Suárez—, cuando se le presenta, con carácter alarmante, el primer ataque de hemoptisis; y un año más tarde, el 17 de octubre, muere en Sevilla adonde había ido a buscar salud.

Fué José Zacarías González del Valle el más entusiasta admirador y animador de la novela Francisco de Suárez; él fué quien

copió y corrigió los borradores, y, puestos en limpio, los dió a conocer a sus amigos; él fué, en fin, el que más influyó con el ascendiente de su amistad y su constante estímulo y recomendación sobre el amigo para que diera cima a la obra.

Francisco G. DEL VALLE.

Julio, 1938.

I

Habana y Abril 14 de 1836.

Suárez:

Yo celebro tus deseos de dilucidar por tan buen medio como la imprenta, la importantísima materia del *contrato social* y de la existencia de las leyes aun antes que intentasen los legisladores describirlas y consignar en códigos su descripción preceptiva; pero encuentro inconvenientes.

1º—Como nosotros todavía no somos capaces de sostener la carga tan pesada que impone una cuestión *pública*, a pesar de que siempre la razón y la verdad se abren camino de suyo y con solo mostrarlas, tú mismo crees que sería forzoso que una persona inteligente revisase nuestros escritos. Causa poderosa de tardanza.

2º—Como sólo la imprenta del *Diario* es la que nos pudiera servir, ya se me trasluce otro motivo de demora. Su oficina está muy recargada de artículos, y a puro trabajo y

empeños se logra que se publique algún articulillo de veinte o treinta renglones, como los del *Ortodoxo y el Hermano*: de suerte que ¿cómo nos habíamos de componer cuando se encendiese más la disputa, que crecería precisamente porque la materia da para volúmenes y no se puede impugnar del todo sino en largos discursos, porque se divide en infinidad de sistemas que pueden encontrar fácilmente otros tantos defensores, porque han cundido mucho, muchísimo entre nuestros hombres de letras? Y en el intervalo que salgan a luz nuestras conversaciones ¿qué incómodos no estaremos cuando con directas o indirectas nos mortifiquen como es de costumbre amigos y contrarios que al fin, al fin vendrán a caer en la cuenta quienes son los escritores, ya por las frases, ya por las conversaciones en que no pocos nos suelen encontrar? No tienen tantos defensores nuestras opiniones ni entre los condiscípulos ni aún fuera de clase entre los literatos del país, y por ahora creo más conveniente atendiendo a nuestro actual estado y a los medios que habíamos de emplear

que sería bien dejar el proyecto para mejor ocasión.

3º—Entre nosotros tú bien sabes como se juzgan las acciones de esta clase ejecutadas por jóvenes: todo se vuelve decir: *cosas de muchachos, muchachos al fin*, y otras sandeces de esta clase; pero esto no fuera tan sensible si no sucediera lo mismo por parte de los que se oponen en público, porque éstos más que otros están tan acostumbrados a los dicterios, sarcasmos e insultos que sólo la notoria sobre lucida y virtuosa carrera de un Luz, un Saco, un Escobedo son parte a oscurecerlos y eclipsarlos.

A la palabra Rousseau que hoy es el símbolo de muchos y muchos sistemas que su imaginación extraviada a la par que ardiente abortó en el *contrato social*, no creo yo que nos oirían con calma sus numerosos celebradores. La empresa es grande, nueva para nosotros, y sin perder las esperanzas de acometerla, dejémosla para mejores tiempos, en que más independientes en opiniones y conducta de otros que ahora pudieran parecer nuestros Mecenas, habrá acaso mejores medios de llevarla a cabo.

* * *

OBSERVACION SOBRE LAS IDEAS DE TU DISCURSO

PACTO SOCIAL

Mayo 2 de 1836.

A mediados del siglo 18 apareció en el orbe literario un filósofo natural de Ginebra, destinado a conmover con su talento extraordinario a los hombres fanáticos y preocupados de la época y abrir las puertas a la libertad, preparando con una revolución el modo de mantener viva su llama sagrada. Escritor ardiente y animado supo sólo trabajar en bien de su patria, fulminando sus truenos contra los opresores y tiranos; pero, llevado una vez del deseo de probar sus recursos de entendimiento y de singularizarse con peregrinos pensamientos, intentó probar en un discurso que revistió a su talante de pompa y bellezas de estilo, que la sociedad y la ciencia degradaron al hombre, y pintando con vivas expresiones y deslumbradoras frases la vida salvaje de aislamiento en que

antes de reunirse en sociedad se halló el hombre (según piensa él, porque a nosotros no nos consta de donde adquirió noticias tan antiguas) quiso convencer que existió la *edad de oro*, y que la reunión en sociedad del hombre fué efectiva y verdadera. Rousseau es el autor de este discurso peregrino: y del *Contrato Social* que es otra obra del mismo escritor y *cortada*, como suele decirse, *por la misma tijera*. En esta última el ginebrino nos habla de los primeros hombres como de unos salvajes que aislados vagaban como osos por los montes: pero no se cuida de decirnos quien parió ni crió a esos hombres, porque a lo que parece salieron de las entrañas de la tierra, único medio de que hasta reunirse no supiesen de sus semejantes. Estos rudos animales se juntan empero y uno de ellos propone a los demás el *pacto social*, en cuya virtud se unen en vínculos indisolubles, no sabemos en qué idioma, porque unos salvajes que jamás se habían arrimado uno a otro, mal podrían entenderse entre sí ni concebir los conceptos que llega a poner en su boca el *contratista* sobre *poner las personas en común* & ; se reú-

nen, sí, dice Rousseau; y comienzan los muy brutos a legislar como Justinianos o Licurgos. ¡De cuántas falsedades de esta especie está lleno, Suárez, el citado librejo, que por otra parte, está escrito en el estilo que su autor acostumbraba, el más sonoro y hermoso! pero tú no lo crees ni por eso, y el discurso que me has dado contiene al contrario, fuertes argumentos contra su doctrina errónea y seductora. Los hombres jamás pudieron andar dispersos y aislados, y remontando con la imaginación hasta la oscuridad que circunda los primeros hechos de la creación ¿por qué no hemos de concebir la progresiva reunión y aumento del género humano, del modo más natural, esto es: como las capas de los cristales al núcleo, no de un golpe ni por gusto o elección, sino naturalmente y cuando hay materia para el crece? ¿Qué pacto hemos hecho nosotros para permanecer en sociedad? ninguno. Nacimos en ella, cuando entramos no estábamos en el caso de poder escoger, de suerte que somos españoles y cristianos, no porque así nos haya gustado y quisiéramos consentir en ello, sino por un acontecimiento ine-

vitabile; pues del mismo modo estamos en sociedad, aún sin haberlo sabido, y lo más que ahora podemos hacer es alegrarnos. ¿Dónde están esos pactos? ¿a quién le has ido tú a decir que consentías en estar en sociedad? Estamos en ella por necesidad; es verdad que cualquiera se puede un día largar por esos mundos de Dios y separarse de sus semejantes, pero ¿qué probaría esto? —nada, ¿qué probaría un suicidio contra la propensión irresistible de la raza humana a conservarse? ¿y porqué no hemos de considerar a los primeros hombres como nos consideramos a nosotros mismos?

Otro vicio o absurdo de los del sistema de Rousseau es el de llamar estado *natural* del hombre al de los salvajes. Como nosotros advertimos sólo en nuestra raza hay instintos como el de bienestar, el de adelanto &, y necesidades, dadas ambas cosas por la naturaleza, y no creemos en leyes impresas en las corazonas, llamamos *natural* cuanto sea conforme a las propensiones innatas de la especie, y cuanto más esté de acuerdo con ellas, pues bien, ¿el salvaje satisface con más facilidad y mejor sus necesidades na-

turales que el civilizado? ¿quién está más feliz y mejor hallado y con más adelantos que los hombres de las sociedades cultas? ¿a quién se presentan más obstáculos al desenlace de sus facultades físicas y morales? A los salvajes. Luego, nosotros estamos en un estado más natural, porque cumplimos mejor con lo que nos piden las necesidades y deseos o instintos que nos dió naturaleza. Esto no cuesta más que pensar un poco y nos convenceremos de que es cierto. Es un absurdo dañoso creer que el hombre sale de su estado natural, cuando obedeciendo a leyes de prosperidad, se civiliza y adelanta y progresa. No volvamos, pues, a llamar estado de *naturaleza o natural* al poco agradable y bárbaro de los salvajes.

Transigir con el error ya descubierto, es imposible: lo malo es dañoso y malo, aun en cortas porciones. Sea el opio un ejemplo, puesto que así sean dos onzas, así un medio grano lo que tomes de esta sustancia, siempre será opio y te narcotizará, ora mucho, ora poco, pero siempre algo. Lo mismo, pues, en cuanto a los argumentos de *autoridad*: probado que lejos de aprovechar perjudi-

can, lo está igualmente que bien los abrace uno *ciegamente*, bien los siga con medida, siempre, siempre son de *autoridad*, y que poco que mucho siempre deben ser perjudiciales. Decir *aunque nunca ciegamente*, es confesar que hay ocasiones en que los debemos admitir, si bien no con entusiasmo: lo cual es un absurdo, admitido el principio de que sólo la razón bien fundada sobre los hechos nos debe convencer.

2

Habana y Mayo 18 de 1838.

Buen Suárez:

Ya te supongo un patriarca en Puentes Grandes, muy reducido a tus costumbres sosegadas, pensando de vez en cuando en Comte, pocas en el derecho y las más en literatura, diciendo para tus adentros "aquí me la doy buena de observación y de novedad" y resolviendo allá en la imaginación mil y doscientos asuntos con sus correspondientes tramas y romancescos episodios; mientras acá los de la cofradía se meten hasta los codos en eso que llaman Jurisprudencia y práctica forense, no sosiegan con algunos negociados, reales o *académicos*, y se reúnen diariamente a recordar y aprender las teorías legales, bien así como lo hicimos junto contigo por un buen espacio.

A ratos me pongo a leer a *Persiles y Sigismunda*, novela de que pudo el excelente

de Cervantes sacar más provecho, dado que es un conjunto de muchas relaciones de personas, las cuales son muy idénticas entre sí, muy exageradas y fantásticas en su obra, siendo agradable de leer como todas las tuyas por el estilo bellísimo y gallardas formas; que por la esencia y objeto que trata muy pocos se le aficionarán.

Supe por José María Travieso que con él fuiste a dejar en la imprenta tu artículo —*El viejo*—, artículo que hasta la hora donde te escribo no ha visto la luz pública todavía. Como es un poco largo esperarán los del *Diario* un número escaso de materiales para imprimirlo en él. No había aún consultado la opinión de Domingo sobre su mérito, y habiéndolo verificado el otro día me dijo que “le parecía gracioso, pero que era un cuadro muy reducido”, dando a entender sin duda con esto que quisiera ver empleada tu fuerza y recursos en una obra de más comprensión y trascendencia. Así lo estimo yo también, mas considero que los primeros pasos, esto es, los ensayos no han de ser ciertamente el vuelo caudal con que luego se suspende en el aire un ingenio en

la plenitud de su vigor. El día principia por el crepúsculo: las fases de la luna no empiezan por la llena.

Domingo, Manuel mi hermano, los Calvets, Allende, Travieso y Gutiérrez te mandan memorias: el último continúa aún recogido por su enfermedad. Manda a tu amigo affmo.

3

Habana, 15 de Junio de 1838.

Suárez:

Te devuelvo el primer borrador de *Carlota* que tenía Manuel. A lo que sé, habrás de verlo impreso en el próximo número del *Album*. Recibí el importe de la suscripción de éste.

Veo lo que me dices de la novela de Palma, y no hallo fundadas tus observaciones. Para mí no es inconsecuente con el estado en que ya nos pone a Aurora el paso frenético de ir en busca de Claudio y Rosa en el cafetal de D. Tadeo para publicar su infamia. Por más que la muchacha haya *aparentado indiferencia* no era de extrañarse, antes de esperarse semejante conducta en ella, porque a merced de esa superficial indiferencia, nadie deja de concebir el encono que se va concentrando en su seno, como para acendrarse más y adquirir temple el día de

las venganzas. Así cuando una vez llegó a estallar, ¿qué le iba en que notasen su falta de la casa, si su intención era sorprender a los pérfidos amantes, delatarlos y confundirlos? Por la propia razón, al oír a los voceadores, gritaba *aquí estoy*, para que viniese su padre, tocase la violencia que Claudio le hacía porque lo iba a descubrir, y para enterarlo por último, de cuán infame-mente le había robado el honor de su hija. Esto era lo que Aurora quería en la rabia de su venganza: acaso no meditaba ni podía meditar sobre sus pasos: todos eran buenos aunque la llevaran a un precipicio, con tal que se descubriera el crimen, y que se calmase el vértigo de venganza que la enfurecía. La venganza, esta es la pasión que la enseñorea, pasión que como representa los fueros villanamente ultrajados de la virtud, es un torrente impetuoso que no sufre el freno de consideración alguna: y Palma la ha pintado con mano maestra, con sus extravíos y con su grandeza. El cuadro para mí es acabado. A la objeción de ¿cómo pasaron tantas cosas después que cayó Aurora al suelo y no se cuidó Claudio de huir,

oyendo a los voceadores? contesto que ni fueron tantas, ni sean cuales fueren, dejan de poder suceder en muy corto espacio de tiempo. El descuido de Claudio se explica demasiado bien por el nuevo delito que acaba de cometer, y que lo *anonada* según dice Palma, *algunos instantes*. Lo de tocarle el rostro a Aurora, cogerle las manos, acercársele, es cosa que con el mismo sobresalto se hace maquinalmente y volando, aparte de que el dar con el punto de donde salían las voces y el andar rastreando no dura tan poco. Tu misma observación es a mi entender una prueba favorable al cuadro que tachas. Su artificio llega a poner tan en peligro a Claudio, que casi se pregunta uno a sí mismo—¿porqué no se escapa este diablo? y se teme que lo cojan junto a Aurora.

Sabrás que va a salir otro cuaderno a semejanza de *El Album*, titulado *La Siempreviva*. Me ha ofrecido un lugar en él para mis producciones desgraciadas, su principal colaborador D. Antonio Bachiller, y pienso aceptarlo para que salga una composición que estoy concluyendo y que verás, titulada *Una retreta de Junio*, en verso.

¡Dios aumente los alientos de esta juventud emprendedora, y se los premie cuanto sea posible.

Memorias en cambio de las tuyas, y manda a tu eterno amigo.

4

Habana, 20 de Junio.

Amigo inolvidable:

Recibí tu última en forma de esquila. Siento en primer lugar tus achaques, ocasionados acaso, y sin acaso, por el estudio. Yo creo que como sepas compartir el trabajo en las horas del día, no te habrán de incomodar mucho, máxime estando de temporada. ¿Porqué no has de bañarte, de dar tus paseos y de divertirte algunos ratos, sin desamparar a su tiempo oportuno los libros? Para todo da lugar y espacio sobrado una *temporada*, y no como quiera sino en Puentes Grandes.

Por las tardes, como ya en otra te llevo indicado, salvo los días de Academia teórico-práctica, nos reunimos en casa de los Calvets, éstos, Osma y yo para dar lecciones de juicios por Salas, Gutiérrez para oír algunas tardes, y Travieso para retozar y jugar

con aquella abierta y no abierta franqueza de su cándida índole. ¡Cuántas veces en esta reunión me acuerdo de tí, si se ofrece al explicar la materia asignada decir las mismas frases castizas y rudas, o a *macha-martillo* del ilustre Pavorde! Entonces se me ocurre el empeño que, cuando los dos solos dábamos en el entresuelo de tu casa las propias materias, poníamos en conservar sus mismos giros, sabrosos por no sé qué gusto de antigüedad y costumbre de buena y sosegada conciencia en quien los produjo. No se me olvida, ni creo que a tí, el *da lástima leerlo en Bobadilla, taxativamente, hace llorar, los tapadillos*, y mil otros donaires del que varias veces calificamos por hijo en intenciones y buen fondo del memorable autor de las *Partidas*. En efecto: hay cierta analogía digna de notarse entre D. Alfonso y Sala por su estilo, y más que todo por sus máximas de piedad y por lo amigo que es de hablar claro sin cuidarse del estilo. Analogía que sube de punto al echar de ver que Sala, donde se halla como en su centro es en las leyes de *Partidas*, que traslada a cada paso con gusto y afición de su parte;

pudiéndose asegurar que su obra es el compendio de ellas.

Me ha dicho Zambrana te haga saber como no sale en la *Flor de Mayo* tu artículo; por no dejar disgustado a otro (Ugarte), que quiere poner uno de costumbres, fastidioso además y penoso, haciéndole creer que en la obra no salen cosas de ese género; pero a la par me advierte que ha tomado para insertarlo, aquel trozo que le pusiste en su album, recogeré el primer artículo, según me encargas, y te lo remitiré.

Ya te hablé en otra acerca de *La Siempreviva*, cuyo prospecto habrás sin duda visto en el *Diario*, y te anuncié también que había aprovechado o pensaba aprovechar el brindis que de ella me hizo su principal colaborador D. Antonio Bachiller, para insertar unos versos míos que le prometí. Pues ahí van en su borrador que tú sabes entender nada más; y aunque por no dormirme, ya están puestos en limpio y entregados, no por eso dejes de advertirme lo que te parezca mal, pues un defecto lo es siempre, y advertido de él, luego se corta.

Traté de pintar en *la retreta* a tres mu-

chachas que te voy a decir, ya porque me parece que las conoces, ya porque así podrás juzgar mejor de la copia. La que yo llamo *nazarena*, aquella de los crespos que vive en la calle de O'Reilly, hija de Celina: *Barbarita Orbe* y *Pepilla Bandini*. Con esta franca resolución, espero tu voto.

Con respecto a tus apuntes sobre legislación y economía política, Manuel es el que se ha tomado a pecho el leerlos y revisarlos: de suerte que los últimos que me mandaste, él fué quien los recibió y está examinando, sin que todavía yo los haya visto. No bien concluyas el primer tomo de Comte irá el segundo.

Hablando con Palma habrá poco, (día 19) me ha encargado te dé mil parabienes por *Carlota Valdés*, que sale en el próximo cuaderno del *Album*. Dice que nunca le ha parecido tan delicada, tan sentida ni tan hermosa como en la actualidad, que con motivo de revisar las pruebas, la ha examinado detenidamente. Saldrán acompañándola unos versos míos *A la razón*: y en el quinto número se publicarán mis *Recuerdos del cólera*, junto con otra novela del propio Palma *El*

cólera. ¡Qué temo el contraste! Parecerá más mala de lo que es la mía.

Devuélvente tus memorias con mil más, Del Monte, Manuel, los Calvets, Osma, Gutiérrez y Travieso.—Tu affmo.

5

27 de Junio de 1838.

Suárez apreciado:

Hoy mismo que es miércoles recibí la tuya del 23.

Aprovecho los consejos sobre la *Retreta*, advirtiéndote que de los versos que me acotas unos están corregidos, y otros no me parecen duros como tú dices.

Vengan esas composiciones a la música y todo lo demás, que ya estoy con *furiosas* ganas de leerlas.

Yo estoy siguiendo a ratos aquella novela cuyo plan ya te he contado, y créete que mientras más escribo, me parece más difícil el éxito, porque no me hallo con el conocimiento ni la práctica de mundo necesaria hasta cierto punto para pintar bien al héroe principal; en fin, haré lo que pueda, y salga el sol por *Roma*, o por *Alejandro*, o por *Ma-*

tanzas, o por *Baracoa*, o por la *Chorrera*, o por el *traspatio* de tu casa, si lo tiene.

Prométesme que hoy recibiré otras tuyas, y así espero que sucederá al irte a dejar ésta.

Me han devuelto, y te remito tus *Vísperas de un baile*. ¿Comte y Sala? ¿no viene nada?

6

7 de Julio de 1838.

Querido Suárez:

¿Qué diantres de *engarizápola* es la que has armado con las cartas, y si le dije al calesero tuyo, o si le dejé de decir...? ¿Tú crees que mis palabras traslucían la intención miserable de no contestarte si no me respondías, de no escribirte si no me escribías y todo lo demás de la etiqueta? No, por Dios.

Lo que hubo en realidad es que el día anterior al domingo en que vino tu criado por mi casa, te había dejado en frente de la que es tuya aun en la Habana, una carta con el manuscrito primitivo de *Carlota Valdés* que me pediste, y el que no sé si habrá llegado a tus manos con dicha carta, lo cual dudo, porque no me hablas nada del caso en la última tuya del 29. En tal expectativa no te escribí. Días pasados dejé en el mismo

lugar para que te lo remitiesen, tu último ejemplar de *El Album* y éste y el anterior de tu hermano. ¡Dios quiera que no se haya extraviado! tú encarga a los conductores la posible diligencia.

Palma me invita a que en su nombre te pida algunos escritos, del género sobre todo de *Carlota*; piensa escribirte.

He visto a Zambrana: tu obra está ya impresa y no hay remedio, le pertenece. El la celebra mucho: *La Flor de Mayo* saldrá dentro de 10 días.

Domingo dice no te dé cuidado por el *Outre-mer*. Memorias y agur.

7

Día 12 a las ocho de la mañana.

Suárez querido :

Sé más amigo de escribirme por Jesucristo: mira que hace días ¿desde cuándo? desde que me trajo una carta tu hermano Alonso, que no sé de tí.

Domingo del Monte siempre me pregunta por tí: Palma lo propio y aun dice éste que te piensa escribir; y yo, espera que espera eso que estás escribiendo sobre la *música* que en la vida acaba de llegar: verdad igualmente aplicable a la novela.

De un momento a otro están las prensas para dar a luz dos obras literarias: la *Siempreviva* y la *Flor de Mayo*. En la última sale algo tuyo, como ya lo sabes hace tiempo. Zambrana me dijo que allá en las Puentes te había hablado sobre el asunto.

En el próximo número del *Album* puede salir a lo que entiendo, un articulito mío *La*

belleza, donde vierto algunas de las especies que sostuve en aquella sesión que tuvimos una tarde en casa de Calvet. ¿Te acuerdas?

¡Hombre! aquel discurso que tú hicistes sobre el estudio del derecho y empleo necesario de la interpretación ¿dónde está? Mándamelo: o perfecciónalo. Poco a poco he ido encontrando en Sala casos de interpretación extensiva y restrictiva, que al principio nos hacían falta, sobre todo los de la primera clase. Aquel trabajo no me parecía escaso de mérito, y habiéndole hablado varias veces de él a mi hermano, me ha mostrado deseos de leerlo: con que vamos a ver si me lo remites cuanto antes en forma.

¿Quieres creer que a pesar de su insoponible cansancio y fastidio he tenido valor de irme leyendo a ratos la novela *Persiles y Segismunda*, y que ya estoy en el segundo tomo? ¡Oh milagro que sólo puede explicar el atractivo de la dicción elegante y pura del autor de *D. Quijote*!

Día 12 a las 2 de la tarde.—He estado en las conclusiones de Física en el colegio de San Carlos. Me hicieron réplica improvisado a falta de otro, y me ha dicho Ruiz que

tampoco falte mañana. Suponte en qué apuro me vería, cuando sobre no tenerle hoy a la Física tanta afición como antes, y habérseme olvidado lo poco que sabía, no iba preparado de ningún modo. Los estudiantes me agradaron más por su talento que por lo que saben, ayudándolos a pensar los he visto llegar a consecuencias admirables, y me he persuadido al verlos tan jóvenes que el entendimiento humano tiene una espontánea rectitud para pensar, que luego las mil y mil causas de nuestros errores destruyen o debilitan. En fin, veremos los de mañana.

A tu hermano Alonso lo he visto hoy; pero íbamos tan de prisa él y yo, que no me detuve a preguntarle por tí.

Hoy ha salido en el *Diario* un bello, pero triste artículo de José A. Echeverría sobre la novela de Palma. Digo triste porque lejos de halagar preocupaciones dice con todo desenfado que nuestras costumbres están muy corrompidas. Ojalá le contesten, como me aseguran que se va a hacer, para que el punto se illustre convenientemente. Yo veo a Echeverría en una situación comprometida al extremo, porque es tan amargo decir las

verdades, no hallará eco en millones de criaturas que piensan que el patriotismo se reduce a defender como campeón obligado al suelo en que se nace y en elogiarlo perennemente ocultando los defectos de sus moradores. Nada menos que eso: el padre que quiere a su hijo le dice sus faltas para que las remedie; y todo hombre que aprecie a otro debe hacer otro tanto. Nada de falso celo, ni de deslumbrarse por las apariencias. La sección de educación de la Habana en cuya lista de colaboradores figuran los mozos más amantes de su Patria, lamenta todos los años, cual si su destino fuera solo el de llorar, el cuadro de miseria moral e intelectual que presenta Cuba, donde a fe de una estadística muy reciente hay la más grande desproporción entre los niños que se educan y los que quedan sumidos en bárbara ignorancia. Pues estaríamos bien, si estos males no se encarecieran por manchar la honra del País, y si no se pregonaran para que el más frío ocurra (como se ha logrado de algunos) a hacer lo posible por su salvación. Amarga será la verdad, pero siempre es útil.

Díceme ahora Esteban que a la una estuvistes acá a verme; si te esperas un momento nos hallamos.

Día 13.—Algunos días antes de irte para las Puentes comencé el adjunto centenar de palabras e ideas románticas, y no habiéndolo tú visto, a lo que creo, te lo remito en cuerpo y en alma. ¿Qué te parece?

Adiós, se acabó por esta vez.

8

25 de Julio.

Suárez querido:

He recibido dos tuyas al mismo tiempo y quedo enterado de cuanto me dices.

Junto con la de fecha menos reciente venían los primeros capítulos de tu última composición sobre la música. Tú mismo conocerás que en el estado que tiene no puedo juzgarla todavía: apenas comienza el interés, y lo único de que puede decirse algo es del estilo. Este me agrada por su pureza y soltura; pero creo que lo cargas demasiado de frases melancólicas, y de aquellos giros y repeticiones de natural abandono que solo asientan en las cartas de *Carlota Valdés*, y por las cuales te se echaría en cara pobreza de imaginación y de fantasía. Así se evita hablar por un mismo estilo de la *naturaleza*, *el río*, *los naranjos*, *las flores y estrellas*. No te pintes tan desesperado ni tan adolorido, cuando ese no es a mi juicio el verdadero

sentimiento que tratabas de mostrar, sino la vaga inquietud, la tormentosa desazón que aqueja a los jóvenes de cierta edad que se ven desamorados: desazón que no se resbala a la locura de despreciar la vida, antes en medio de su afán propende a conservarla, porque sería muy duro morirse sin haber bebido en la copa dorada del amor. Por lo demás deseo ver lo que falta de tu composición y espero que me agradaará el todo.

Venga cuanto antes ese discurso sobre el *Estado actual de nuestra legislación y necesidad de saberla interpretar*. Yo me comprometo a ponerle las notas que me adviertes.

Estoy acabando de leer un tomo en cuarto, titulado *Estudios de la vida privada*, escrito en francés por Balzac, célebre novelista de esta nación. Domingo del Monte a cuyo favor y amistad debo su lectura quiere que tú también participes de ella. Así, no bien concluya, que será pronto, lo dejaré con toda recomendación frente a tu casa. Deja de la mano cuanto tengas, y échatelo al colete en breve tiempo. Es sabroso de traducir y de leer. Contiene tres novelas, lo más hermoso

que yo he visto. Su mérito está en lo bien que corresponde el desempeño al título de *Estudio de las costumbres del Siglo 19* y al de *Escenas de la vida privada* que le pone al libro. Allí se deja este hombre eminente de aquel estilo amanerado y falso de Víctor Hugo, para hablar del modo más claro y comprensible. No prepara los sucesos artificiosamente, sino que cumpliendo con su propósito coloca a sus personajes en lo interior de su casa, describe estas casas con doble mérito acaso que Walter Scott, como lo verás en *Gloire et Malheur* una de las tres novelas, diciendo lo más mínimo de ellas que pueda reflejar la índole y ejercicio de los actores: y en fin los muestra obrando o sufriendo allí de la manera más *social* si puedo expresarme así, porque él jamás los aísla del mundo. Sus combates y sus amores son de la tierra, las pasiones influyen en el hogar doméstico, y no hay lance de sus novelas que no huela a gente de esta raza humana a que pertenecemos. Yo creo, pues, que Balzac es un modelo para todo novelista que quiera desempeñar bien su encargo; nadie como él ha sabido internarse en los

más retraídos apartamientos de una casa para contar punto por punto lo que pasa realmente en el mundo; ni nadie tampoco ha penetrado tanto al hombre y mucho más a la mujer.

No he tenido ocasión de pedirle a Zambrana la *Flor de Mayo* que te prometió.

Habrás leído el 2º artículo de Echeverría sobre la disputa de la novela de Palma y te habrá gustado mucho. Hoy le contesta *Amaranto* del modo más necio e insustancial. Lee y compara a ver si piensas lo mismo.

¿Cuándo vienes por la Habana a vernos?

Memorias de Manuel, de Del Monte y de toda la gente.

9

Agosto 8 de 1838.

Querido Suárez:

Recibí la tuya fecha 3.

Con anticipación tenía escrita para tí una carta desde el mes pasado; pero como la señora de frente a tu casa aquí en la Habana, me dijo que ya ustedes habían entregado la llave de ésta, la retuve hasta que encontrara oportunidad de remitirla adonde estás.

Pienso dejar así ésta como la dicha atrasada y tu *Album* en la tienda de la propia mujer, porque ya que aun con la circunstancia expuesta, he recibido la tuya que según me dijo, le dejaron los Escobares es muy probable que alguien de tu casa pase por allí y te lo lleve todo. Aclara estos enredos para que nuestras comunicaciones no se interrumpan.

Manuel tiene en su poder según tu encargo el discurso sobre la interpretación, que le ha gustado. Piensa escribirte.

El autor de la crítica contra *La Siempreviva* es Calvet: y su artículo estuviera mejor

si Govantes no le hubiera añadido y quitado cosas a su placer, desfigurándolo muchísimo. Yo lo ví original. En mi carta adjunta te doy mi opinión sobre la tal *Siempre viva*.

Despacha a Balzac. ¿Has visto escritor más guapo?

En el *Diario* de mañana *creo* que saldrá un artículo mío sobre el famoso drama *El Conde Alarcos* que ha producido el ingenio cubano de D. José Jacinto Milanés. ¡Qué drama! ¡incomparable! Tiene enloquecida a la gente... nada de romántico...; mucho de buen gusto, de delicadeza, de idealidad, de poesía... En mi artículo hago un extracto de sus actos. Verás si con todo de ser *extracto* te conmueve. Acaba de llegar de Matanzas: y yo tuve la dicha de ser de los primeros que lo han leído. Está dedicado a Domingo del Monte, que como tú sabes es el patriarca de toda la pandilla literaria de buen gusto.

Acabé de leer a *Persiles y Segismunda* ¿a quién se lo entrego? No quiero más obras por la presente, que me veo ahogado. ¡Vive Dios!

10

Agosto 17 de 1838.

Sr. D. Anselmo Suárez:

Recibí la tuya del día catorce y quedo enterado de todo su contenido. Calvet me dió el precio de los números de *El Album* que te he mandado.

En viendo a Domingo le pediré para tí más novelas de Balzac.

Manuel no ha soltado aún el discurso sobre interpretación.

Me hablas de mi artículo sobre el drama de Milanés: y al tenor del extracto te prometes que el drama sea una gran cosa. Créelo así. Juzgo imposible conseguírtelo para que lo leas; pero se ha de imprimir pronto a lo que creo, y entonces más bien me parece fácil satisfacer tu deseo. He tenido el gusto de recibir carta congratulatoria del propio D. J. Jacinto Milanés, con fecha del 14, en la que recordándome las relaciones poco estrechas que de sólo vernos, tuvimos las pocas

veces que él ha venido por la Habana, se repite mi amigo. Le he contestado y me prometo seguir con él correspondencia formal.

Conozco el estado de tus estudios filosóficos y comprendo el candor con que me dices que eres sensualista. Por el *Diario y Noticioso* le dan actualmente a Costales buena zurra, León y Mora en éste, y en aquél el Bachiller Fernández. Léela que podrías aprovechar algo. Cuando nos podamos juntar y ver más a menudo en la Habana, trataremos de estudiar la cuestión detenidamente como ya hemos visto otras.

¡Compadre! ¡Comte...!! No lo abandones. Yo tengo por acá tus extractos, que Manuel ha revisado con mucho gusto, y esperamos más.

Junto con esta dejaré en casa de Pérez los dos tomos de *Persiles y Segismunda*.

11

5 de Setiembre de 1838.

Sr. D. Anselmo Suárez:

Recibí la tuya del dos de Setiembre, y quedo enterado de su contenido. Ya Del Monte me había dicho que le prometiste escribir algo para un Album que piensa regalarle de composiciones negreras al comisionado inglés Mr. Madden, para que éste forme una idea exacta del estado de la opinión acerca de la trata y de los siervos entre los jóvenes que piensan en el país. Veremos esa novela que sin duda le preparas.

Yo también estoy ahora haciendo otra para otro Album, no para el de Madden (al cual pienso destinarle unos versos que de viejo tenía ahí hechos) sino para el de una niña. En tal concepto, mi idea en ella ha sido no mezclar al amor para nada, para que se apropie más a la persona que posee el álbum. Tú la verás porque no dejaré de conservar una copia.

Outre-mer, compadre, es una obra maestra a lo que veo. No la he concluído todavía; pero ya llevo leído un tomo y me parece excelente. ¡Qué don de colorir el de Mainard! ¡Qué imágenes tan encantadoras y tan delicadas! Conservo infinidad de ellas en la memoria como modelos de originalidad y de gracia.

Te remito los dos ejemplares del quinto número de *El Album*, correspondientes a tu hermano Alonso y a tí.

Hasta el número venidero no salen los *Recuerdos del Cólera*. Te remitiré en primera ocasión mi segunda novelita o cuento titulado *Amor y desamor*, que me ha devuelto Palma para que le arreglase el comienzo, habiéndole parecido que un hombre moribundo no podría hablar tanto, en lo cual convenimos.

Le entregué a Domingo la novela *Petrona y Rosalía*, sobre la cual no están acordes nuestras opiniones. A mi juicio el tal cuento, si bien desprovisto del arreo romancesco con que se podía y debió haber engalanado dándole más campo a la acción, es no obstante una obra apreciable por la fidelidad

con que pinta las horribles escenas de nuestra vida privada, por la tendencia moral y trascendente que se le descubre de mostrar en toda su fea e inmunda realidad los crímenes y la corrupción de un pueblo como el nuestro, devorado por el cáncer de la doméstica esclavitud. Sin duda que D^a Concepción Malpica, (o como se llame aquella mujer) no está acabada, porque debió traer su historia de más atrás, indicando aunque lo hiciera de paso, lo conducente a penetrarnos de su carácter, mucho más cuando ya había sido ella adúltera, según al fin se descubre; pero ¿quién no halla en las escenas donde ella interviene, el retrato de mil originales como ella? Nos quema la sangre leído, lo que puesto en obra en la sociedad justificamos, o cuando más disculpamos.

El autor de *Petrona y Rosalía* si de algo peca es de demasiado fiel a los hechos, porque yo no sé quien pueda dudar que en nuestra sociedad pasa lo mismo que él describe. Yo creo que su obra debe correr lo posible, porque viéndonos retratados, comenzaremos por odiar el retrato y acabaremos por mejorarnos a nosotros mismos. En

tal concepto, yo se la proporcioné a los Calvets, que tú sabes lo entusiastas que son de todo lo bueno, y la han copiado íntegra.

¡Cuánto siento que no estés en la Habana! Uno o dos días a la semana hago una explicación de filosofía moderna en nuestra Academia de derecho. La primera, que fué el sábado pasado, entusiasmó bastante a la gente. La materia por fortuna era bien clara. En fin, cuando vengas trataremos del asunto, agur.

12

Setiembre 15 de 1838.

Suárez querido:

Días hace que no sé si vives o si mueres. ¿Qué diantres te ha sucedido? ¿Ya acabaste de leer a Balzac?

Ayer asistí a la apertura de la clase de Filosofía que en el convento de San Francisco da el por tantos títulos apreciado D. José de la Luz. Pronunció un discurso largo como de hora y media para descubrir su plan de estudio, hoy que tan reñidas disputas trabajan a los partidarios de las diversas escuelas filosóficas. Fué su blanco exclusivo la de Cousin que él reputa como un *espiritualismo* embozado. Hazte cuenta que habrá unos quince días que nos encontramos el Sr. Luz y yo en la Universidad y estuvimos hablando largamente, cada uno en defensa de sus opiniones filosóficas sin convenir en muchos puntos; y que al oír yo

repetirle desde lo alto de su cátedra y en medio de una concurrencia numerosa los mismos argumentos reforzados por algunos más, o más bien, desenvueltos lógicamente; por débil y mezquino que al lado de una reputación como la suya me considerase, no podía contener mi deseo de vindicar a Cousin, tanto más cuanto que de todos los asistentes estoy seguro que *yo solo era el Cousinista*. Así fué que cometí la importunidad de acercármele cuando bajó de la cátedra, y de decirle sin reparar en lo cansado que estaba, que había sido en alguna parte injusto con Cousin, que éste tachaba con razón al Conde de Verulamio de sensualista, porque dice que cuando la inteligencia humana obra sobre la materia hace cosa de provecho, y cuando sobre sí misma y sus misterios, *teje como la araña* muy sutiles telas, pero muy inútiles y frívolas. *Sicut aranea texens telam* dice Bacon. A lo cual me contestó el Sr. de Luz en estos términos: *pues bien, Valle, quite usted eso de la araña y vea usted si lo demás de Bacon no es excelente*. Díjele entonces que Bacon quiso en Filosofía una reforma *ab imis fundamentis* y que eso era

despreciar la historia. En fin, mediaron algunas cortas explicaciones y viéndolo cansado por extremo, y que los demás lo llamaban, yo también lo invité a retirarse y cedí. Nada más hubo; sin embargo varios me atribuyeron siniestras intenciones, otros importunidad, y yo quiero que tú sepas el asunto por si acaso te hallas por ahí con quien lo haya sabido mal y rectifiques, si se ofrece y nada más, la opinión. Por la tarde estuve en el Real Colegio Cubano para oír el discurso de apertura de su clase de Filosofía que pronunció Manuel. Asistió D. José de la Luz, y no bien me discernió al concluir, vino a donde yo estaba y me abrazó con cariño diciendo jocosamente “a éste es al que yo quiero convertir” y con cuyo motivo se renovó la disputa y quedamos conformes, reconociendo él los extravíos de Bacon que yo le apuntaba, y venerando yo por mi parte el genio de Bacon y sus eminentes servicios por las luminosas observaciones que me hizo el Sr. de Luz con aquella profundidad y tino de convencimiento que lo distinguen.

Por el *Diario* sabrás ya de esa nueva publicación titulada *El Plantel* que dirigen

Echeverría y Palma. Muy pronto debe repartirse el primer número, en el cual sale mi novelita titulada *Carmen y Adela*, que apenas cuenta de vida una semana.

Nada me has dicho sobre mis observaciones acerca de la novela *Petrona y Rosalía*. Yo la juzgo descarnada, desprovista de arreos novelescos, de campo de acción, de buen artificio en suma; pero interesante, fiel, trascendente y necesaria para morigerar y rectificar nuestras costumbres. Tuyo affmo.

13

Setiembre 25 de 1838.

Querido Suárez:

He vuelto a leer tu primer capítulo de la novela *Francisco*, y me ha tornado a agradar infinito. Yo creo muy valiente la pintura del aventajado *Ño Antonio*: es un mayoral de tomo y lomo, humano y blando hasta derretirse, cortés y pulido por extremo, comedido y prudente, un angelito por último de los que dan en su conducta y en sus obras el mejor ejemplo del adelanto y cultura de nuestra querida patria! ¡Leyendo tu pintura que juzgo exacta (pues aunque hasta hoy no sé a ojos vistos qué cosa es un ingenio, ni un mayoral, por inducciones muy verídicas e infalibles lo he adivinado), casi se me hacía imposible creer que en una criatura humana cupiese tanta degradación, tanto embrutecimiento, tanta ferocidad. Cuando oigo a *Ño Antonio* contar sus fechorías de *allá arriba*, las atrocidades que cometió con

aquella dotación y las que cometía con la que manejaba en la actualidad, tan frescamente, con tal descuido, sin que en su pecho de mármol latiese su corazón a presencia de los espectáculos que preparaba con el más bárbaro desenfreno; me acuerdo, Suárez, de las tempestades, del trueno, del rayo, de aquella lluvia aniquiladora de fuego que refieren las sagradas letras y tiemblo de hallarme en una tierra amenazada de la ira de Dios porque la riega constantemente la sangre y el sudor de una raza infeliz. A este momento de postración sigue otro de esperanza en que me propongo ser un apóstol de humanidad, un predicador incansable de amor al prójimo oprimido, defendiendo doctrinas, que hagan más justo y más risueño el porvenir de nuestra cancerada patria. Este es el recurso que nos queda, hablar, conversar del asunto convenciendo, circular las buenas obras, escribir, y ser prudentes respecto a los mismos que padecen, por su conveniencia y la nuestra.

Pero volviendo ya a tu novela insisto al devolvértela en lo que te dije cuando me la leíste. No me justifiques a la señora;

píntamela haciendo lo que hace; pero por lo mismo rebájale, *desfúmale* las tintas de bondad de que sobrecargaste el retrato, no sea que contraste en viva oposición su carácter con sus hechos. Para ello se presta el colorido general de la novela. La Mendive nacida y criada en la Habana, esto es, en la atmósfera de corrupción que mantiene la esclavitud, naturalmente debía pensar como una habanera con todo de su esclarecida alcurnia y buena alma. Por eso me doy a creer que aunque protectora de Francisco no sienta bien que desempeñase oficios de *madre*, ni que él fuera un *hijo*, porque hasta allá no pudo haber ido este amor, cuando en la primera ocasión en que debía excitarse es tan débil y tan mezquino que rehusa bajo frívolos pretextos darle la mano de la mulata al honrado calesero. Este hecho sin embargo es *característico* y lejos yo de rehusarlo, creo que sus antecedentes deben prepararse mejor para que esté en su lugar. Sea la Mendive afable, cariñosa, humana y cuanto quieras; pero veámosla sometida a la causa de la esclavitud, veámosla no poderse contener aún con sus siervos más

queridos, imponerles la ley, ser poco amiga de explicar las razones en que se funda, irritarse hasta lo último a la desobediencia y entonces no asombrará que mande al ingenio tan sofocada por la ira y la soberbia al cuartado Francisco, de cuyo desliz ella, y solo ella es la autora y principal motivo.

Paréceme asimismo que le debes al lector alguna ligera explicación sobre el distinto cuadro que presentan el ingenio y la casa de la Habana, la que es más fácil de desempeñar y evitará objeciones.

Quisiera que cuando el segundo capítulo (de que te oí una parte) comience a interesar, no pierdas la ocasión de descubrir los pensamientos tristes y conmovedores de Francisco, el estado de su alma, su verdadera índole. Balzac es el novelista que sabe tal vez interesar a los lectores con cualquier cosa, nada más que por la profundidad *psicológica* con que se entra por la inteligencia y el corazón de sus personajes: y yo nunca que pueda despreciaré un recurso artístico tan precioso, porque es el único que puede despertar en los ánimos la compasión o el sentimiento que corresponda.

A pesar de tu permiso no me he atrevido a corregir el primer capítulo, porque esas correcciones son muy leves y nadie sino tú mismo debe hacerlas para que la obra conserve su unidad, máxime cuando se refieren al carácter de un personaje.—Tuyo affmo.

14

Octubre 1º de 1838.

Suárez querido:

Nada he vuelto a saber de tí desde que estuviste a verme, y eso que entonces te dije algo sobre tu olvido y me prometiste enmienda.

Ahí van los otros dos números de *El Album* por cuyo importe y el de los anteriores me eres deudor de dos duros.

Verás mi novela *Amor y dinero* y me darás tu parecer facultativo.

Domingo del Monte a quien he visto hoy, me preguntó por la tuya y por lo que haces ahora. Yo le contesté que no sé nada, por que tú ya no me escribes con la frecuencia que primero. Con que escribirme siempre, aunque sea para decirme si llovió o tronó en las Puentes.

¿Has leído con más detenimiento en *El Plantel* a *Carmen y Adela*?

¡Sabes que parece cosa de brujería que

habiendo yo escrito hasta tres cuentos o novelitas, y cedí-dolas desde luego para que las publicasen, hayan ido apareciendo por un orden inverso al de su creación!

Carmen que fué la última se publicó la primera, la penúltima ahora, y la más atrasada, los *Recuerdos del Cólera*, ¿quién sabe cuándo?

¡Hombre! ¿qué te parece la *Excursión a la Vuelta-Abajo* por Villaverde? Para mí es delicada, excelente: para tí debe ser divina, que conoces el campo y sabrás estimar su exactitud.

¿Recibiste tu primer capítulo de *Francisco* y una carta mía?—Agur.

15

Octubre 12 de 1838.

Suárez:

He recibido el primer tomo de Comte y los dos capítulos de la novela negrera junto con un *comunicado*, cuyo concepto me parece bien.

Sobre lo primero, dígame que poco tardará en ir para esa el segundo tomo del tratado de legislación. En orden a la novela, que me pondré a copiarla, y respecto al comunicado, que no tengo tiempo ninguno para hacer lo mismo con él; y así te aconsejo si quieres que se publique le escribas una cartita a Calvet para que me pida el borrador, lo ponga en limpio y lo lleve a la imprenta.

Me parece bien el final del artículo de costumbre: también lo pondré en limpio para entregarlo a quien corresponda. ¡Dios se apiade de mí!—Tuyo como siempre.

16

22 Octubre de 1838.

Suárez amigo :

Recibí de manos de tu hermano Alonso la última que me has escrito comenzada en 21 de Setiembre y concluida en 2 de octubre, junto con el primer capítulo ya enmendado de *Francisco*.

Me agradó tanto la especie de novelita o cuento que en ella me insertas que se la leí a Del Monte la misma tarde y opinó de conformidad, habiéndose reído no poco de los chistes que contiene: conclúyela en otra carta, pues en la que tengo a la vista no has hecho más que pasarnos la miel por los labios; y entonces, si finaliza (como no lo dudo) con igual interés y no son personales los hechos al punto de servirte de obstáculo la verdad, será luego publicada en *El Album*. Domingo me observó al leérsela, que ya se notaba en tu estilo y en el modo de tratar el asunto la influencia de la lectura de Balzac, no por faltas en la dicción que

al contrario es castiza, ni por copias más o menos bien hechas de este autor, sino por la fina observación de las costumbres llevada a cuantos pormenores se escapan a muchos novelistas por insignificantes, y que constituyen sin embargo la mejor parte del retrato y vida de los personajes.

Quedo enterado de cuanto me dices acerca de Balzac, *Fígaro*, Comte y *Francisco*; y respondo, que requeriré a Manuel y yo mismo haré la diligencia porque vayan los artículos de Larra, que respecto a Comte, le pediré a J. Rafael Travieso, cuyo es el primer tomo, me facilite el segundo; pero en razón a que has concluído con aquél y para que su amo no tenga desconfianza para los préstamos viendo que almacenamos y no devolvemos, será bien que me lo remitas para entregárselo, advirtiéndome en cuanto a *Francisco* que ahora me agrada más y que lo quería ver tal como te ha quedado, con las correcciones que le hiciste y que me satisfacen. Devuélvotelo, pues, para que los sigas de muy buena gana y no de *compromiso*, como me escribes, lo cual es contrario así a tu afición a las bellas letras, como al prin-

cipio que de tu novela ha de deducirse, principio de eterna justicia, social y consolador.

Estoy de acuerdo acerca de las reflexiones que sobre el propio *Francisco* me haces contestando a las mías, al final de tu carta.

Ya le había entregado el *Outre-mer* a Domingo, y no pude copiarte lo que me dices. Lo juzgo innecesario: y más bien apruebo que tú mismo seas el autor del epígrafe, fabricándote uno que le cuadre. Yo hice lo propio los otros días. Aquellos cuatro versitos que verás en *El Album* sobre mi composición poética, los hice exprofeso para epígrafe; me dejé de bullas.

Concluí mi (*Memoria sobre educación*) y ya la he entregado con la desconfianza que te manifesté los otros días. Ni yo tengo el tesoro de conocimientos necesarios, ni la principié a trabajar cuando debía: así es que casi la atropellé y salió peor de lo que hubiera podido. Si no saca el premio, sabré prácticamente, lo que ya tenía entendido, y es que no llena como es debido el programa. ¡Paciencia y trabajar! Estas contrariedades de la fortuna y en especial cuando son tan merecidas, traen el inestimable bien de

hacerlo a uno estudiar por fuerza y de persuadirle que es un trompeta.

Han comenzado las tareas de la Academia de Jurisprudencia nuevamente con otros empleados y ministros recién elegidos por el Capitán General. Vilches queda de Director, Govantes salió de Presidente, vice Zambrana, Fiscal 1º Cruz, 2º Manuel, Secretario 1º Osés y 2º Fernando de León. El lunes hay estrados a que Calvet y yo hemos de asistir en calidad de Ministros del Supremo Consejo en un pleito de gananciales seguido contra un militar. Yo ni he visto los autos, ni estoy bien instruído de la cuestión: ahí veremos. Si tengo lugar te daré en instruyéndome una noticia clara del negocio y de la opinión que yo siga, cambiando así *áridas cuestiones de derecho*, por novelas y chistes.

Todos los buenos amigos que se reúnen en casa de Calvet a estudiar derecho español y Filosofía, a saber, ellos dos, Gutiérrez, Osma y Travieso que suele aparecerse, se acuerdan de tí. Allá voy esta tarde a leerles tu carta para que se rían un poco.— Tuyo affmo.

17

31 de Octubre de 1838.

Suárez querido:

Las lluvias excesivas de esta semana me han estorbado ir a buscar alguna carta que supongo me habrás escrito a casa de Pérez. Tal vez al dejar ésta halle alguna.

Los otros días te remití el 2º tomo de Comte, cuya lectura no dudo que proseguirás por lo instructiva y sólida que es su materia, aunque alguna ocasión te canse. ¡Cómo ha de ser! sin estos afanes los conocimientos que se adquieren son menguados y deslumbradores pero no nada duraderos y reales como lo hemos menester. Continúa; que día vendrá cuando leas el último tomo tan importante para los hijos de Cuba y entonces sabrás de veras quien es Comte y si su estudio te viene de perlas.

Voy copiando a *Francisco*.

Yo estoy metido en otra novela que pienso titular *Una nube en el cielo*: es pequeña,

poco le falta, y veremos si te gusta en concluyéndola.

En el próximo número de *El Plantel*, que se publicará para el quince de Noviembre, me ha dicho Echeverría que saldrá tu carta, que me declaró había leído y héchole reir un poco.

¿Sabes que a lo que me ha podido dar en el olfato, aquella mi *memoria sobre la educación que te dije (y tú viste) estaba haciendo para optar al premio de la patente de socio de mérito en esta Real Sociedad de Amigos del País, ha corrido buena suerte y es muy probable que, aunque yo desconfiaba obtenga aprobación?*

Delmonte y Manuel con frecuencia me preguntan por tí; este último me repite que por falta de tiempo no te escribe.

Milanés sigue al presente correspondencia muy activa conmigo: en nuestras cartas se ventilan algunas cuestiones literarias; la última que tenemos entre manos es la de su *Expósito*, publicado en *El Plantel*, sobre el cual le dije que estimaba muy puesta en razón la crítica del *Conciso* publicada en el *Diario*, si bien por otro lado con idea de

mortificarlo más que de juzgarlo el tal crítico.

¿ Cuando viene ese *Velorio*?

Tuyo hasta la muerte.—*El Caballero de la Triste figura.*

P. D. Calvet dice que hoy mismo (y esta post-data la pongo de añadidura en su casa propia) dejó en la imprenta, o mejor dicho, dió para que lo censurasen, tu artículo y que saldrá pronto en el *Noticioso*,—imprenta a que nos hemos acogido porque la del *Diario* no se porta con la debida fidelidad en ataques contra sus paniaguados los *siempre vivos*.—Vale.

18

Noviembre 4 de 1838.

Suárez amigo:

Recibí la tuya del día 2 donde me tratas de la propiedad literaria con motivo del artículo de Palma inserto en *El Plantel*; y no convengo en la esencia o en el fondo de la cuestión contigo, porque al concluir las cartas destruyes la propiedad literaria queriendo desterrar hasta el privilegio que se da al autor para imprimir su obra y que todo el mundo la puede reproducir. Yo opino que el privilegio es injusto por defecto, no por exceso, es decir, porque con el privilegio los gobiernos crean un monopolio aparente donde debían reconocer una propiedad completa. Voy a explicarme y te advierto que las breves aclaraciones en que entre se las debo al ilustre C. Comte en cuya obra, que tengo, titulada *Traité de la propriété* no deja que desear sobre el caso.

Compro una casa o fabrico cualquier artefacto; después de haber satisfecho los gastos anteriores en cuanto a éste y el precio legítimo respecto de aquélla ¿duda alguien que como señor pudiera hacer de ambas cosas lo que me viniese en deseo? ¿sería justo que alguna ley me marcase el tiempo que había de gozar mi propiedad, pasado el cual se mudaría en común y perteneciente a cuantos quisieran disfrutarla? No. Pues al mismo tenor, los gastos de mi enseñanza han sido pagados, yo he aprendido serios y profundos estudios, en que he pensado y discurrido sin tasa, usando del instrumento de mi reflexión como el carpintero de su azuela; y fruto de estos afanes lanzo al mundo para su asombro el inmortal *Quijote*. ¿Es o no una propiedad mía, la legitiman o no mis esfuerzos particulares, mis tareas y mis sudores? ¿No la abonan hasta los gastos que originó la adquisición de libros y de luces? Ciertamente que sí; y al menos avisado se le alcanza que hay en esto, salva siempre la índole de ambas propiedades, una semejanza fundamental entre la fabril y la literaria. Ambas llevan el sello

de la mano que las produce como de la inteligencia que las crea, dándole formas y estilos particulares, que son el mejor título de dominio: ambas por consiguiente dan ocasión a unos mismos derechos y si el de propiedad consiste en la disposición y manejo de las cosas conforme a las necesidades o deseos del que las posee, el amo de un mueble como el autor de *El Conde Alarcos*, tienen naturalmente un mismo poderío sobre sus respectivas propiedades, esto es, que de la propia suerte que puede sin cortapisa alguna el dueño de un reloj, venderlo, donarlo, legarlo, etc., sin que se le designe plazo para el goce de lo que es suyo a ese modo el escritor debe considerarse dueño de su composición y como tal dueño ha de imprimirla, si quiere, de donarla si quiere y así sucesivamente de cuantas partes comprenda el dominio, siendo una verdadera arbitrariedad dimanada de poca profundidad en observar las cosas que se le ponga coto a sus facultades, marcándole como sucede hoy en Francia, Inglaterra, España, etc., plazos de diez o doce años para su ejercicio, pasados los cuales no hay transmisión del

dominio del autor a otra persona, y cualquiera sin más puede multiplicar los ejemplares de su obra. *¡Jus sum cuique tribuamus!*

No se diga que la propiedad literaria no existe en virtud de que las ideas son patrimonio de la razón de todos, en cuanto son comprendidas. Distínganse las ideas en sí de la forma, del estilo, del orden y método con que son expresadas, que es donde evidentemente imprimen su marca los autores. Aunque Montesquieu no hubiera escrito, sin duda *sus ideas* a ciertos grados de progreso alguien las habría reproducido, pero a buen seguro que no las reproduciría en el mismo orden y revistiéndolas de iguales formas. Si yo repito sus pensamiento, yo no se los robo; pero si yo repito sus palabras y lucro con ellas, entonces sí que hay plagio. Todo esto comprueba que, si bien las verdades no son propiedad de tal o cual hombre, también es cierto que es propiedad y producto de los afanes e índole de tal o cual individuo una obra literaria que escriba, y que si todo el mundo puede apropiarse las ideas pues para eso las escribe, nadie puede apropiarse la

obra tal como salió de sus manos; y he aquí reconocida la parte de fundamento que tienen las objeciones contra la propiedad literaria sin destruir esta propiedad.

Yo convengo contigo en las observaciones que haces sobre la injusticia que habría en obligar a los empresarios del teatro a darle parte de sus ganancias al autor. Palma sin embargo no lo dijo por tanto, y aunque su artículo peca de *vago*, apruebo su idea de deplorar las usurpaciones que se hacen a los autores y me valgo de su propio ejemplo. ¿No es en realidad un atentado que en el teatro de la Habana vr. gr. se gane dinero con los partos dramáticos de Dumas, sin ninguna recompensa al autor ni al empresario que en París le compró sus tragedias? y se imprime y se vende al teatro de la Habana *El Conde Alarcos* para que sin más ni más lo representen todos los de España, sin pagar un maravedí y sólo porque lo tienen a mano? ¿Viceversa, qué le damos a García Gutiérrez por *El Trovador*?

He aquí lo que Palma tuvo presente al escribir el párrafo que a tí te ha causado repugnancia admitir. No sé si me habré

hecho entender: con ese caso me parece que estaremos conformes.

A Domingo le entregué el primer capítulo de *Francisco*. Hablamos de la corrección que me indicaste del tercero, y él me manifestó su opinión conforme en un todo a la que yo te expuse cuando lo leíamos, a saber, que dejas correr la pluma en el diálogo colocándote tú en lugar de Francisco, en tales términos que entra en pensamientos demasiado sutiles y filosóficos, que descubren la mente del novelista más que el carácter del personaje. Yo cumpliré como pueda tu encargo de corregir, o mejor dicho, de quitar esas sobras o ese vicio, sin el cual se aligera más la acción e interesa el doble. En tus escritos siempre he hallado una misma cosa que notar y es la demasiada soltura, la demasiada facilidad de tus conceptos y de tu estilo que te llevan más allá del blanco a que aspiras. Más vale pecar por exceso, eso indica riqueza; yo pecho por defecto ¡bendito sea Dios!

Con el negrito que me entregó tu carta te remití los dos ejemplares acostumbrados del último tomo publicado de *El Album*. Ya

me eres deudor hasta la cantidad de tres pesos ;vive Dios! que pronto es el caso de demanda.

Ya concluí mi cuento *Una nube en el cielo* enmendándole a satisfacción aquello que me indicaste de la carta. Tuyo affmo.

19

Noviembre 10 de 1838.

Suárez querido:

Milanés en carta fecha 8 del corriente le dice a Domingo lo que sigue.—“He visto el primer capítulo de una novela titulada *Francisco*, creación del joven Suárez, aquel de quien V. me habló en un párrafo de sus cartas anteriores. Cosa muy buena en mi sentir, y cuya primera parte me abre las ganas de ver las demás con el más vivo anhelo. El mayoral pintado en ella, está de mano maestra y ha sido notable tino y donaire en el autor prestarle una manera de hablar tan criolla. Con efecto, nuestros campesinos tienen una lengua española propia de ellos, taraceada de tropos rarísimos, en los que vivamente se pintan la peculiar malicia de su ingenio hecho desde la cuna a ver rozándose de una manera violenta las clases negra y blanca, la dominadora y la sometida. Dígamele V. a Suárez si tiene ocasión de

verle, que me considere como uno de sus admiradores y que tengo ansia de tratarle, aunque sea por escrito. Que le miro como uno de los más diestros escritores de esa, y que por este motivo no me perdonaría mi indolencia, si perdiese esta ocasión que me ha dado su obrita de tenerle por amigo, brindándole igualmente y sin jactancia con mi inutilidad.”

Y yo tengo el gusto de transcribirte el voto de este eminente poeta, para lo cual me entregó Del Monte la carta donde está.

Poco a poco, como lo consienten mis otros quehaceres, voy copiando el segundo capítulo del tan celebrado *Francisco*: yo creo que este agradará más todavía que el primero. Llevo cerca de la mitad. Mi novela sigue la misma suerte: un rato consagro a su copia, otro a la de la tuya, y cada vez se me figura que va nublándose más el horizonte. Acabo de venir de la Universidad y parece que no tardarán las oposiciones a la cátedra de Filosofía: he aquí nuevos cuidados, nuevas ocupaciones.

Manda en lo que gustes a tu affmo.

20

14 Noviembre 1838.

Suárez querido:

En carta de Milanés que he recibido hoy después de verte echar la tuya en el correo, me dice lo que sigue:

“He recibido la de usted, y por ella sé con sumo gusto mío que es usted gran amigo de Suárez, cuya carta no he recibido aún, aunque la espero con indecibles ganas.”

“La novelita *Una nube en el cielo* lleva un título tan picante, que tiene usted alerta nuestra curiosidad, esperando saber en qué publicación saldrá, para leerla muy deseosamente. Por Dios que al menor huelgo que le permitan sus tareas, meta usted la pluma al 2º capítulo de *Francisco*, tirando a rematarlo y remitírmelo con toda prontitud, porque usted colegirá qué ansia de verle excitarían en mí las palabritas que me dijo acerca del contenido de ese 2º capítulo. Si todo es tan especialmente criollo, tan linda-

mente original, tan desafectado y candoroso como lo que llevo leído, dígole a usted que esa novela de *Francisco*, vendrá a ser una de nuestras mejores joyas literarias, y su autor uno de los más valientes genios de esta Antilla, porque las prendas que le realzan como hablista cubano y como poeta no son de las que se topan ahí tras cada página, y sobre todo el riquísimo minero que revelan sus obras de sensibilidad ricamente varonil, desnuda de empalagamiento, es su mejor y más peregrina dote.”

Inútil es instruirte en lo que yo le dije a Milanés en la carta a que me contesta, cuando puedes por sus palabras colegirlas. Tuyo affmo.

21

Noviembre 17.

Suárez querido:

Soy de opinión que tú mismo seas el que corrijas el 3er. capítulo de *Francisco* en la parte del diálogo con el guardiero, y sin marcarte expresamente lo que sea impropio en boca del negro, me parece que a tí te basta para dejarlo en forma más natural y verosímil tener presente que él no había de ponerse a hacer como tú sutiles y filosóficas distinciones entre los gustos reservados a opresores y oprimidos, sino a aquellas que buenamente saltan a los ojos de cualquiera, ni menos detenerse a describir la poesía de la tarde en que se hablaban, pintando el cielo, el río y el campo con extremadas voces que no acomodan ni se adecúan a su capacidad, y sí a la del novelista cuya traza se descubre al punto. También es conveniente aligerar el diálogo y quitarle las apariencias *cervantinas* que lo ponen lánguido,

y debilitan y enervan el interés de la acción o de lo que se va diciendo: así pues, en habiéndose dicho por los interlocutores lo necesario, afuera repeticiones, ni aclaraciones innecesarias.

Juzgo asimismo inverosímil o por lo menos *excepcional* por extremo lo de escribirse Dorotea y Francisco mientras éste permaneció en el ingenio, lo cual nada induce para la trama del cuento, demora inútilmente al lector y lo persuade tal vez a estimar incierto todo lo demás, y esto no te lo digo sólo por el efecto que en mí haya causado el 3er. capítulo, sino porque leyéndoselo a otros, ninguno ha dejado de oponerme unos mismos reparos, entre ellos los Calvets. Ya que tu obra es justamente celebrada por tan especial, criolla, y verdadera, bueno es que así como las conversaciones del mayoral no discrepan un punto de lo cierto, a todo le suceda lo propio.

Ahora vengamos a lo que me dices de lo *subversivo*. No creas que Domingo te dijera eso porque crea que “no como tú dices, no debe escribirse aquí para nuestro bien y el de los esclavos”. Nada de eso: él y yo

y todos los que celebran tu obra, lo hacen porque les recuerda un principio de *justicia* ultrajada bárbaramente, lo hacen porque estiman conveniente su circulación entre aquellos cuya mejora de conducta puede alcanzarse con su lectura; y lo harán aún estrellándose contra las olas enfurecidas de nuestro interés, aunque ese interés fuera el de la Patria misma, porque es muy mezquino e insignificante en la balanza donde se pesan los derechos divinos de la humanidad. La mejora de nuestra conducta, he aquí el fin que debe proponerse el que escribe obras semejantes: y esa mejora es bastarda y raquítica como se funde en cálculos rastreros de utilidad personal, porque su origen ha de tener más nobleza para que ella dure eternamente, es decir, que deben producirla el desengaño de que no nos manejamos bien y el convencimiento de que somos unas criaturas manchadas con el borrón más negro de injusticia y de barbarie. Así que Domingo te indicó que suprimieras lo *subversivo*, no porque, maleando sus buenos principios, lo crea perjudicial, sino porque vió que el novelista no debe poner

arengas en boca de sus personajes, y menos siendo inverosímiles; que la moralidad o la máxima política que domine en tu obra, se desprenderá como de suyo, sin apuntarla, ni pregonarla a cada paso, y que por lo mismo que la novela tuya sirve para ir corrigiendo nuestras costumbres, ha de salir verdadera, cubana y tan provista de hechos indisputables que no haya más que ver el retrato y abominarlo. No es, pues, un escrito incendiario, porque no nos falta buena dosis de prudencia y vemos que por desgracia hay que conciliar extremos opuestos: en tal concepto, no circulará entre quienes, por su ignorancia misma, aunque se quiera no podría circular, sino entre los que alguna parte pueden tener en que vayan neutralizándose algún tanto los efectos de la esclavitud doméstica.

¡Qué ganas tengo de que leas a Comte en su 4º tomo! Te vendría de perla.

Va el 3er. capítulo. Tuyo affmo.

22

Día 26.

—Créeme, Suárez: en la actualidad me traen abatido algunas consideraciones que hago sobre mis estudios y que te comunicaré para que me aconsejes, si ya no es que tu padezcas el mismo mal, algún remedio saludable. Estoy viendo que por *abarcar mucho*, como se dice por ahí, *he de apretar poco*. Hay tantas obras, y tantos estudios delicados a que consagrarse que es imposible resistir a la tentación de ojear aquéllas, y de saludar siquiera éstos: luego, la imaginación, muy fácil en mi edad de arrebatarse en presencia de lo nuevo y de lo vario, me lleva, como si dijéramos, a picar de todo, pero a profundizar nada; y he aquí el desconsuelo que me da al notar mis superficialísimos conocimientos en muchas cosas y mi ningún positivo adelanto en cualquiera de ellas que se diga. Física, Filosofía, Jurisprudencia, Legislación, Literatura, todo lo he *desflozado*, si me permites la frase, y a estas ho-

ras ¿qué adelanto me deben estas ciencias a mí que me paseé un día, y muy de prisa, por las ricas alfombras de sus templos encantados? ¿a mí que profanando su mansión respetable me divertí con ver a lo lejos el fuego divino que arde en ellas, sin haberme acordado a añadirle por lo menos la imperceptible llama de una chispa. . . ?

Es preciso adoptar otro sistema de estudios, resolverse a ser perfecto en un género, en un ramo del saber, so pena de no serlo en ninguno, *Petrus in cunctis* se ha dicho desde muy atrás, *et nihil in totum*: y el célebre Walter Scott en su memorable novela titulada *Waverlei* (que estoy leyendo) ridiculiza la manía de ciertos jóvenes poseedores de una biblioteca crecida que no hacen más que ojear y leer lo que al paso les llama la atención en una obra para dejarla al punto, como aquellos golosos que delante de muchos duraznos los toman para comerles únicamente aquella parte más dorada por el sol, despreciando el resto. Si queremos, pues, no ya adelantar en las ciencias agregándoles nuevos descubrimientos y observaciones, que es larga empresa, sino saber de ella lo último

y lo mejor que sus más aventajados cultivadores han dicho, y entenderlo y digerirlo, y no olvidarlo nunca; es forzoso de todo punto renunciar a esta deslumbradora erudición que oculta bajo lindas apariencias una ignorancia triste. Para ello se necesita una constante mira hacia el ramo que se escoja, y un valor estoico que lo haga a uno ser sereno consigo mismo y lo aliente en medio del fastidio que la monotonía engendra, diciéndole: “a ese precio has de comprar la gloria; no son las ciencias juguetes para los niños; ni diversiones para las mujeres”.

Pero, compadre, ¿quién podrá alcanzar este imperio sobre sí mismo? Yo te digo que a ratos me acobardo, por más fé que tenga en semejantes principios. Hace algunos días que me he resuelto a estudiar Filosofía si no profundamente, a lo menos lo que baste para conocerme a mí mismo, cosa tan necesaria hoy para mi conducta en sociedad, como para colocarse en buen punto y saber sacar provecho de los estudios que abraza mi principal carrera. Pues mira: es inútil el empeño que pongo en no hacer otra cosa. De repente me vienen a las

manos las novelas de Balzac, sobre que te he hablado, novelas de mucha importancia y difíciles de conseguir, novelas que es un delito no leer para el que aprecie en algo las bellas letras: y héteme aquí que me distraen dos o tres días de mi primer asunto. Lo mismo me sucedió con *Quintín Durward* y *Waverley*, con el tratado de la *Propiedad* de Comte y mil otros libros que *quieras que nó* se le atraviesan a uno por el camino o lo divierten del que llevaba. Agregaré que es preciso estar sobre las armas en las materias de derecho español y que casi todas las tardes damos una lección, con la cual no llenamos enteramente nuestras obligaciones en este punto tan preciso.

En parte es bueno el aislamiento y la escasez de libros. Como observa Walter Scott, el pobre, como no tiene muchos y estima más los que posee, se los aprende hasta de memoria, y a fuerza de ser el único pasto de sus potencias intelectuales, saca todo el provecho posible; mientras que nosotros los que nos hallamos en disposición de leer casi cuantas obras queremos, las devoramos en un instante con superficialidad, sin medita-

ción y por consiguiente ponemos muy pronto en olvido su substancia, viniendo a producirnos una impresión igual a la de los espectáculos y teatros, la del momento, y nada más.

¿Qué dices de esto? ¿qué remedio adoptaríamos? Dime algo sobre el asunto. Yo creo que tú no padeces tanto de este mal. Pero yo...



23

Día 28.

Ayer sábado te dejé en el lugar de costumbre las novelas de Balzac de que en mi anterior te tengo dicho algo. ¿Quién sabe si a estas horas habrás leído ya un poco, o si por falta de conductor irán junto con ésta?

Espero que mañana ha de salir el 4º número del *Album*. Veremos esa novela de Villaverde qué contendrá. ¡Ojalá lo reciba en oportunidad de remitirlo al instante!

¿No has visto por allá el primer número de la *Siempreviva*? Contiene un artículo interesante sobre Agricultura por Auber, el Catedrático de Botánica, en seguida unos versos de Jorrín titulados el *Sumsúm* que tienen algunas cosas bonitas, luego un escrito titulado *Ideología y su importancia en la literatura* por Costales (*Amaranto*) muy insustancial, y bastante atrasado: lo primero, porque aun perteneciendo a la escuela de Locke, es posible sacar mejor partido del

asunto y Costales no hace más que decir que es buena la Ideología, que por *ella* se han hecho progresos y caído los *colosos* de la ignorancia, que *sin* ella no se conoce esto ni lo otro, y mil absolutas por ese estilo, sin dar a conocer filosóficamente en qué consisten los adelantos ni los atrasos: lo segundo, porque la palabra Ideología está mandada recoger desde que comenzó la era de los ecléticos, en razón a que supone un sistema, el de que todos nuestros conocimientos vienen de los sentidos: en cuyo sistema se asegura que las ideas son la representación intelectual de los objetos o una especie de intermedios entre los objetos y el alma, siendo aquellos la raíz de todo conocimiento. Los *ideólogos* han incurrido, pues en el extravío de creer que la inteligencia pasa todo por un mecanismo material que ellos han pensado y que se parece al modo con que suele formarse alguno que otro juicio en el estado actual de nuestras ideas. Ven la inteligencia poblada de seres independientes que llaman ideas, uniéndolas como se unen dos tablas creen que se forma un juicio, y en medio de su hipótesis

sensualista se les escapa la unidad espiritual del alma, la de la inteligencia en sus distintos modos de ser; que son en verdad, las ideas. Pero el *sicólogo* que estudia primero la inteligencia por medio de su conciencia, en lugar de lanzarse desde el principio en el golfo del *origen de las ideas*, como hace, faltando al buen método, el *ideólogo*; ese comprende desde luego todo el valor de su espíritu, su empleo y sus fuerzas y lo vé activo y muy activo en su esfera, encontrando en las sensaciones los motivos, los antecedentes, pero no la causa ni el gérmen fecundo de sus conceptos absolutos y necesarios. Hé aquí el estudio que importa tanto al literato, al jurista, a todos; porque todos deben conocer al hombre, porque en la inteligencia humana y no en las cosas, que ella y sólo ella comprende, está la belleza y la justicia, el bien y el mal en sus reglas invariables y eternas, en su frente pura y divina. Si los hechos son el patrimonio precioso de las ciencias, a buen seguro que ellos por sí solos no las constituyen; necesitan de una inteligencia que los observe, que los aproveche, que com-

prenda sus leyes, que haga generalizaciones y funde la ciencia que los hechos por sí, ahí se quedarían eternamente, como se quedan para los pocos conocedores de sí propios y del tesoro que encierran, delante de los cuales han estado desde el principio del mundo esos mismos hechos que luego la inteligencia de un Comte examina para fundar con su eminente poderío una ciencia. ¿Y si no partimos del estudio de nuestras facultades, si no aprendemos a darnos cuenta de lo que pensamos y sentimos, a dónde iremos a parar? ¿saldríamos de la esfera vulgar alguna vez? Basta de Ideología y de Sicología.

Después de este artículo siguen mis versos: luego pone Bachiller algo sobre su viaje al Príncipe, versos de Betancourt al *Torreón de San Lázaro*, una novela muy mala, a mi juicio, de Susarte; versos del mismo, un artículo sobre el colibrí, una engarizapala de Costales sobre un expósito, la *Mujer buena*, de Susarte: me gusta. Sobre legislación: me agrada lo que dice al descuido de la pena de muerte; reforma de almanagues: también me gusta.

Hé aquí mi juicio: si tú has leído el cuaderno, puedes decirme si tú no opinas del mismo modo. Pero si es que no lo has leído, avísamelo, que te lo mandaré. Tuyo affmo.

El discurso sobre la interpretación lo estoy esperando.

24

Enero 9 de 1839.

Suárez querido:

Gutiérrez me entregó tu apreciable del 5.

No te había escrito antes porque no se me ofrecía asunto interesante sobre qué hacerlo, pero ahora aprovecharé cuantas coyunturas pueda de comunicarme contigo, ya que por este medio puedo proporcionarte algún placer en tu destierro. Resignación, amigo: *Spes et fortitudo in adversis*. Bien haces en volver tus ojos a las letras, abandonando en lo posible las penas por el estudio. Yo bien consideré que para tí serían nulas las diversiones y alegría general que en Güines han hecho memorable esta Pascua: a todos los conocidos que fueron por allá les he preguntado por tí, y ninguno (¡ya se vé!) me dijo que te encontró. Tal los tiene a ustedes la tirana opinión que castiga a justos y pecadores!

Sabrás que *El Plantel* pereció; digo *perció* porque aunque siga publicándose no es ya bajo la dirección de Palma y Echeverría. Ha habido sus altercados entre éstos y el impresor Oliva que parece quiso separarse de las condiciones del contrato, y el resultado de todo fué retirarse los directores, pero como la obra es de Oliva no por eso cesa. Dios sabe como saldrá: los colaboradores de más nombre también se han separado y lo mismo harán los otros. Vé aquí muerta en flor la rosa de nuestro escaso jardín literario y hecho un daño grandísimo al público en cuyo servicio tan lealmente se empleaba *El Plantel*, contando para esparcir buenas doctrinas y engendrar sanas aficiones a la lectura y a la reflexión con el prestigio que le granjeó 1.000 suscriptores. Lee el *Diario* del 28 de diciembre pasado, y verás la manifestación de los directores: son cuatro palabras muy bien dichas. Tu artículo de costumbres y el mío de Filosofía ya estaban impresos cuando la tragedia; pero no salen: Oliva no se avino a verse contigo o conmigo, presintiendo tal vez que le diríamos que no. Palma tiene ya el tuyo

para *El Album*. ¡Oh suerte vária de los artículos!

Me escribió Milanés: te manda memorias y promete enviarme una cartica para tí.

Domingo está en Matanzas.

Se ha publicado el 9º tomo de *El Album* que te enviaré (el de Alonso) por el conducto de Agustín Pérez.

Quedo enterado de lo que me dices sobre las correcciones de *Francisco*. Venga el capítulo que falta: el 3º está en Matanzas.

Memorias de los Calvets, Gutiérrez, Allende, Travieso, etc., y de mi hermano Manuel.

Tu affmo.

25

Habana, 18 de Enero de 1839.

Suárez querido:

Con ansias deseo el último capítulo de *Francisco*, el capítulo maestro, porque así como los anteriores descubren tu habilidad de buen observador y fiel retratista, el que espero ha de mostrar tu ingenio dramático, dote no menos apreciable. Sí, el desenlace de toda aquella máquina de hechos atroces cuanto verdaderos debe ser la corona, el complemento digno de la obra que emprendiste; y yo espero que puesto ya en tan buen camino, el éxito debe corresponder a tus esfuerzos.

Yo, amigo, he dejado de la mano mi *Luisa*, cuya entrada leíste en ésta antes de partir para Güines; y si me sigue el desaliento que me ha tomado, probablemente dormirá en el estado que tiene más espacio del que puedes figurarte. Me preguntarás ¿y de cuándo acá? ¿tú no te has metido de rondón a nove-

lista y mal que bien has zurcido *ya hasta cuatro*, si bien cortas todas como para principiar? Cierto, te contestaré, y de la misma manera puedo hacer verte más; pero no estamos ahí, sino en que ya debo entrar en mayores honduras, y no puedo. Las historietas o cuentos que he urdido comprueban cabalmente mis pocas fuerzas. Otro más fecundo hubiera formado de cada una un libro; otro más rico de observaciones hechas en el *gran mundo* (sobre el cual muy poco sé, o tal vez nada), les hubiera dado muchísimo interés, mientras que bajo mi pluma se reducen a unas relaciones compendiosas y de poco efecto, y eso estando el asunto de algunas de ellas en cierto modo a mi alcance. Así yo he tratado de pintar en *Amar y morir*, en *Carmen y Adela*, hechos que han solido suceder a mi vista; y por eso estas dos novelitas tienen más interés y facilidad de estilo; pero en *Amor y dinero* variaron las circunstancias, y falto de recursos por mi carencia de conocimientos prácticos sobre la materia, me ví en el caso de colocar la relación en boca de uno de los personajes y de no profundizar mucho en ella por te-

mor de que me faltara la tela y se quedase corto el vestido. También te acordarás de lo que me sucedió con la *Nube en el cielo*, donde me metí a referir asuntos de casados, que no son por cierto de mi cuerda; tú sabes que fué preciso a insinuación tuya y de Calvet corregir una cosa por impropia en realidad y en práctica, pero que a mí poco conocedor todavía de las mujeres no se me ofreció reparo alguno para ponerla.

Por lo cual vengo en conocimiento de que me es indispensable abandonar por algún tiempo la pluma, mientras oliendo donde guisan, acopio un buen caudal de noticias y de observaciones exactas para crear caracteres que no desdigan de lo que es verdaderamente; y así como tú me anuncias que te vas a meter a observador de costumbres para escribir algunos artículos, yo haré lo propio aunque más ampliamente para tener datos y ciencia del corazón humano con que enriquecer algún otro cuento o novela.

Domingo está ahora en el ingenio de su suegro junto a Matanzas y en una carta que le escribe a mi cuñado me manda memo-

rias con encargo de repetírtelas a tí de parte suya. Yo le escribo por el correo de hoy.

Ninguna otra tuya he recibido después de la que me trajo Gutiérrez. Veremos si al dejar ésta en casa de Agustín me encuentro alguna. Acuérdate más de mí y aprovecha cualquier coyuntura. Por el correo te mandé una: no sé si habrá llegado a tus manos: voy a él siempre según me advertiste, y nada...

Agur por hoy, que no deja de irte buena ración. Tu affmo.

P. D. Van adjuntos los últimos borradores de *Francisco*.

26

Habana, 26 de Enero de 1839.

Suárez amigo:

Junto con la tuya del 21 recibí el principio del 4º capítulo de tu novela, que me ha parecido y a los Calvets en cuya casa se leyó en plena sesión, inmejorable. Estaban allí López, Gutiérrez, y Allende. Me parece que saliste con felicidad de los escollos que traía el asunto: falta que así sea en lo demás, como no lo dudo.

En cuanto a lo que me consultas sobre el argumento, te digo que a mí no me desagrada, siempre que la ejecución salga como hasta aquí, y no se sobrecargue mucho el cuadro.

Tus consejos sobre mi *Luisa* y otros análogos que recibí de Domingo, me han dado alientos para proseguir trabajando en ella, bien que poco a poco según lo consienten los quehaceres. Ahora que los miento, sabrás que *mañana debe picarse punto para las cansadas oposiciones del Texto.*

¡Dios, que no se entre por medio otra dilación!

Aun no ha vuelto Domingo a quien en escribiéndole le devolveré tus expresiones.

Instruído de la P. D. de tu carta, advierto que no me parece en ninguna suerte mezquino, ni deshonoroso el plan que te propones de granjear algo en la situación que te hallas por medio de las letras. Lo que yo dificulto es no sólo que el provecho sea grande, sino hasta que sea fácil conseguir compradores para tus producciones. La suscripción de *El Album*, obra que me apuntas, no es muy numerosa, y Palma no puede pagarle a otro por sus escritos, cuando saca poco de los suyos mismos; pero sin embargo, mándame tú el artículo que hagas, y yo veré si los de la *Siempreviva* o la *Cartera*, si no es Palma, dan por ellos alguna cosa.

A Milanés le he escrito en últimas felicitándolo por el éxito de su segunda empresa dramática. Domingo me dice hablándome del primer acto, que es el concluído, que el *Poeta en la Corte* es “una obra acabada pa-

ra representarse en París, si en París se hablara el castellano”.

Todavía no he recibido de él la carta que me prometió enviar para tí.

Expresiones de Manuel y de los amigos que se reúnen en casa de Calvet, todos los cuales te aprecian hoy, como te apreciaron ayer y te apreciarán mañana, sin que su cariño sufra menguantes ni crecientes a influjo de las circunstancias prósperas o adversas en que se encuentren tú, o ellos o tu tierno y affmo.

Hubo por mucho tiempo en casa de los Calvet una academia, a que concurrían varios jóvenes, no sólo para estudiar el derecho en todos sus aspectos, sino también, otras materias, y principalmente la filosofía y la literatura. Yo pertencí a esa Academia. (Nota de Anselmo Suárez y Romero).

Estaban allí cuando se leyó el principio del capítulo 40. de **Francisco**, Antonio Prudencio López, José Ignacio Gutiérrez y Juan Allende. (Nota de F. G. V.)

27

Día 29.

Hoy he recibido la conclusión que me remites del 4º capítulo. Me parece bien, pero juzgo conveniente agregarle, aunque sea una frase simple, tocante a los motivos por qué Dorotea enmudeció a lo último delante de la Mendive, lo imponente que es para un esclavo la presencia de su amo, la cual ejerce doble influjo en los momentos mismos de honrarlo éste con su *extraordinaria* confianza. *Hoy argüí en las oposiciones; el jueves me arguyen.*

28

Habana, Febrero 15 de 1839.

Querido Suárez:

Recibí la tuya del...

Quedo enterado de cuanto en ella me dices y particularmente del encargo de sacarle a Alonso sus cartas y enviártelas por el correo. Te remito ahora el último tomo publicado de *El Album*, cuyo importe me enviaste.

Extraño está verdaderamente el lance que te pasó con el Amor.

Amigo, ya salí de las benditas oposiciones a la Cátedra del Texto. El día que me tocó leer, sostuve la proposición siguiente: "*Per sensus adquiruntur notiones rerum contingentium, id est interitii obnoxiarum; anima tantum concipit quod unum est et semper permanet*". Hubo campaña larga; pero los frailes quedaron contentos, porque yo me atrincheré con varias frases de Aristóteles, manifesté toda la posible veneración a su

gran ingenio, y expliqué conforme al espíritu de nuestra Religión varios conceptos absolutos. Asistió D. José de la Luz al acto. Se ha llevado la Cátedra el doctor Horruintiner a quien de justicia correspondía *y mañana o pasado pienso tomar yo el grado de Licenciado que por haber resultado con aprobación unánime de los jueces me corresponde.*

Me preguntas por los autores del *Lance de honor*, la *Niña ausente*, y el *Peregrino*. Lo es del primero Palma; del segundo Blas Osés y del último Echeverría.

Expresiones de todos tus amigos de por acá y manda al que nunca te olvida.

29

Habana, 27 de Febrero de 1839.

Suárez inolvidable:

Recibí el comienzo del 5º capítulo de *Francisco*, del cual te sé decir que ha aumentado en mí el deseo de ver el desenlace de tan bien conducida trama. La copia hecha por mí de los anteriores anda todavía por Matanzas; pero ya Domingo la ha reclamado en el último correo. Este hace días que vino del campo y nunca deja de recordarte en sus conversaciones conmigo. Si quieres escribirle, él lo tendrá muy a bien, y yo me encargo de entregarle tus letras.

El grado de Licenciado por que me felicitas no tiene para mí otro mérito que el provenir de una oposición, *y a no ser así sólo un necio pudiera emplear dinero en grados semejantes*. Te doy las gracias por el cumplido.

En el último baile de Santa Cecilia tuve el gusto de danzar con tu preciosa amiga

Antoñica y de poderme comunicar con ella directamente por la vez primera. Es una muchacha de muy finos modales, hecha a la sociedad y al buen trato y digna de hallarse con quien sepa aquilatar sus prendas. Hablé con ella larga y gustosamente sin ahorrar en la conversación tu recuerdo; pero como para mí el baile produce el efecto de desencantarme en cuanto al amor, he quedado salvo e inmune de esta pasión respecto de ella.

Carta ninguna he hallado para Alonso: queda, pues, en fondo un real a su favor.

De intento demoraré esta carta para que vaya junto con la entrega de *El Album* que está próxima a salir.

No seas, por Dios, tan lacónico en tus cartas: dame cuenta de lo que haces, de alguna opinión tuya, duda u objeción contra algo, para que departamos los dos por escrito con provecho común.

Ah! ¡Si tú estuvieras en la Academia de Jurisprudencia! ¡Qué negocios tan brillantes se han tratado y suelen tratarse ahora! Descuellan como siempre por jóvenes pen-

sadores y peritos Funes, Troncoso, Govantes y Calvet, y por floretista y campeón de la ley nada más, el insigne León Vázquez.

Agur. Tu affmo.

4 de Marzo.

No habiendo salido aún *El Album*, me resuelvo a enviarte esta sin esperarlo más tiempo, a reserva de remitírtelo en cuanto se publique.

Vale.—Tu affmo.

30

13 de Marzo.

Suárez querido:

Hace algunos días mandé para tí a casa de Agustín una carta y no habiendo podido ir todavía por allá no sé si al dejarte ésta, tendré ya la contestación de aquélla. *El grado de Cánones nos tiene un poco alborotados.*

Adjunto van los pliegos del 4º capítulo de *Francisco*, puesto ya en limpio por mí.

El Album se demora este mes más de la cuenta, todavía no ha salido, y tengo tanto empeño en remitírtelo porque sé de positivo que en el número que está para publicarse sale aquella tu carta sobre las muchachas peleadores de las Puentes.

Cuenta siempre con el afecto de tu affmo.

31

Marzo 23 de 1839.

Suárez inolvidable:

Hoy mismo acabo de recibir tu favorecida, escrita por apéndice al 5º capítulo de *Francisco*. Este me agradó bastante; pero me parecen impropias de un *vinagre* como Ricardo ciertas frases pulidas y delicadas que un hombre de su ralea no podía emplear en Cuba con una sierva aun cuando su situación demande cierto barniz falso de ternura. Sin embargo, como esto es tan fácil de corregir, y como para la corrección más bien hay que suprimir, no necesita de volver a tí el capítulo. Me ha gustado más que toda la granizada de impropiedades y los planes viles que improvisa en su cólera Ricardo, y la sentidísima descripción del dolor de Dorothea a consecuencia de sus amenazas.

A Domingo le entregué la que me enviaste a ese fin. Está muy aflujionado, como toda la Habana lo está en el día de hoy, mer-

ced al cambio de temperamento y al excesivo polvo. Me ha dado para que te los envíe a esa dos libros que dejaré bien recomendados en casa de Agustín. El uno contiene varias comedias del gran poeta Calderón, y el otro es una novela de Mr. Balzac que yo he leído ya y que juzgo sobresaliente y digna de su gran talento y riqueza de conocimientos sobre el mundo.

La nube en el cielo se ha publicado ya en el *Obsequio a las damas* sin aquellos defectos que tú y los Calvet le notaron. *Luisa* sigue a todo trote, compadre; ya tengo escritos tres capítulos: he hallado modo de introducir en la trama dos viejas, tres muchachas, un abogado, y qué se yo cuántos más. Figúrome que ha de ser larga, pues lo hecho es tres veces mayor que la más larga de mis otras novelas. ¡Dios me ampare!

No sé si ya te habré notificado en mis anteriores como *soy Catedrático sustituto del Texto Aristotélico* en esta Universidad, como pienso asistir a la clase todos los jueves puntualmente. Me preguntarás qué voy a enseñar y si ya me he vuelto loco para ponerme a defender la escolástica. Nada de

eso; ni Aristóteles es la escolástica ni yo voy a levantar a Aristóteles como un ídolo a la adoración de la juventud. Mi idea es estudiar en su tratado de *Anima* a ese ingenio de la Grecia, pero estudiarlo con imparcialidad. El tampoco llegó nunca a las ridículas consecuencias que el tiempo se encargó de sacarle a sus doctrinas; y aun cuando hubiera llegado, Leibnitz asegura con mucho juicio que en el lodo de la escolástica hay mucho oro. La reacción con que obró la filosofía al conquistar la independencia de la razón contra el yugo de la autoridad, ha pasado y debe cesar porque ya no hay esperanza de que reviva este poder; por consiguiente reabilitemos la antigüedad para estudiar en ella a los grandes hombres que dieron los primeros y gigantescos pasos en las ciencias intelectuales.

Yo me hallo, buen amigo, muy gustoso con este magisterio, así porque la Filosofía me enamora, cuanto porque ya de un año y medio poco menos a esta época, se me hace tan necesario como delicioso enseñar. Dependerá acaso de que he enseñado niñas: veremos que tal los hombres.

32

Abril 16.

Suárez querido :

Muchos días hace que no veo letra tuya.

Le dí mis quejas a Milanés por el olvido en que te tenía, él me asegura haberte escrito hace dos o tres correos, extrañando que la carta no llegase por acá. Encargóme ir al correo y buscarla cuidadosamente: fuí, mas ni bajo tu sobre, el de tu hermano ni el mío hallé carta ninguna para tí, por donde se vé que se extravió. Así se lo he encargado porque él me suplicó le dijese lo que había en esto.

Sólo hallé esa para Alonso que adjunta te envió cuyo precio está grabado en la propia carta.

Amigo, la instalación de la Real Audiencia, el nuevo giro que toman en consecuencia, no sólo los negocios judiciales, sino aún las tareas y ocupaciones de los curiales traen revuelta a media Habana. ¡Dios quiera

darle la ilustración necesaria a este Tribunal Superior para que produzca todos los buenos efectos que debe producir! Lo que sí te aseguro es que el campo abierto a la elocuencia y luces de los buenos abogados es inmenso, y que los mochinones están poniendo a toda prisa en sus manos las causas donde su defensa en estrados desluciría las de las partes. Los escribanos andan apurados, los jueces nada menos, y hay ahora doble esmero en los negocios criminales, que redundan en pro del infeliz encarcelado.

¿Cuándo te volveremos a ver los amigos que nunca te olvidan?

¿Qué te parece el último *Album*? ¿Encontraré carta tuya en casa de Pérez?

Hoy he sacado del correo esa para tí de Milanés.

Tu affmo.

33

Habana.

Suárez querido:

Aunque sin recibir hace días ninguna tuya, al remitirte *El Album*, voy a ponerte dos letras.

Tu idea de recoger nuestras décimas y cantares campestres me parece bien, y no menos bien la anécdota estudiada del negro improvisador. Como ya otra vez me has engañado, no me dejé engañar ahora: en verdad te digo que si la décima que me copias es la primera que haces, me agrada mucho, pero que mejor es darse a la prosa que al verso.

Se ha publicado en el último tomo de *El Album* tu artículo sobre Puentes Grandes. Ha caído muy en gracia y yo he experimentado doble placer al releerlo, impreso ya. Verás un articulejo mío también, donde vacié una novela en una breve conversación.

Acuérdate más de mí y ordena a tu affmo.

34

Habana, 10 de Mayo.

Querido Suárez:

Ayer te escribí, y al enviarte mi carta, recibí la tuya del día cinco dentro de la cual venía parte del resto de *Francisco*.

Juzgo harto regulares para primeros ensayos tus dos sonetos que me transcribes, siendo mejor el primero que el segundo, pues en éste, además de cierta languidez en el estilo poético hay dos faltas de prosodia en la medida, esto es, de versos faltos de armonía. Para adquirir buen oído no son los poetas antiguos los mejores modelos, pues más pagados del concepto y de la frase, suelen no tener el aliño necesario en el número y rotundidad métrica. Así, vale algo más por lo tocante a esta dote estudiar y leer la escuela moderna; v. gr. a Quintana, a Gallego, Martínez de la Rosa, Lista, etc.

Respecto a *Francisco* te aconsejo que tires a concluirlo, porque ya va demasiado largo,

y se columbra cierto estudio en dilatarlo. Yo, en lo que tengo por acá, procuraré quitar lo que pueda para que haya ligereza, sin quitarle las preciosas gradaciones, y para que por el vicio de lánguido no pierda un punto el lector el interés con que principia su lectura.

A Alonso que te remita el último *Album* (con cuyo número finaliza la obra) para que veas qué guapa ha salido tu carta sobre Las Puentes. ¡Qué buen artículo de costumbres es! a Domingo, a todos le ha caído muy en gracia. . . *El Album* ha concluído, buen Suárez, su carrera con la brillantez posible y puédelo como un triunfo en una tierra como ésta, clásica de la novelería y la superficialidad; levantó el vuelo con la célebre *Pascua en San Marcos*, ostentó en sus páginas las coloridas pinceladas del ardiente Villaverde, tu triste *Carlota Valdés*, los suaves versos del *Cisne de Matanzas*, los varoniles consejos de Domingo del Monte, las atrevidas inculpaciones de Palma: en suma, como una mariposa delicada que cambiase de alas en cada publicación periódica salió a encantar la vista de un público que con

muy pocas excepciones ni comprendió su interés, ni sus miras de elevar un monumento exclusivo a la literatura de nuestra imitadora patria.

Ten la bondad de entregar o hacer entregar la adjunta orden en Güines a la persona que dice el sobre. Manuel me la ha encargado por necesitarse que vaya por persona segura y no se extravíe en el correo. Es sobre un pleito del estudio, para evacuar unas diligencias.

Sin otra cosa a la sazón manda a tu affmo.

35

Mayo 27.

Suárez querido:

Según tu encargo he leído con despacio el comienzo del 6º capítulo, y visto imponer francamente mi juicio. Creo que no hay necesidad de rehacerlo, sino de reducirlo a menos, suprimiendo muchas explicaciones superfluas del estado de los personajes, muchas repeticiones, y no pocas frases o palabras que sobran; pero el fondo, la esencia me parece bien y producirá todo su efecto en quitándole esos leves defectos, para lo cual usaré como hasta aquí de las amplias facultades que sobre tus producciones me tienes concedidas y que me repites encareciéndome el *corregirlo a mi sabor*.

36

11 de Junio de 1839.

Suárez querido:

Con la tuya a la vista que recibí por correo, voy a decirte dos palabras remitiéndote el capítulo 5º ya copiado, y el 6º por copiar, según tu orden. En aquél he suprimido muchas explicaciones que cansan y son inútiles; y en éste he apuntado algunas; notarás que tú te tomas tal empeño en dar cuenta de los pasos más mínimos de cada personaje, que no hay vez que salgan que no digas de dónde y cómo salen, para qué salen, si se cuentan entre sí y lo que oyeron, y cosas semejantes que ponen lánguida la narración. El novelista a mi juicio debe la mayor parte de las veces ahorrar explicaciones, e imponerle al lector los hechos casi con la misma tiranía que los impone la realidad y que los presenta el mundo, porque una de dos, o la trama de sus lances es verdadera o verosímil, o no. Si lo primero

ella produce por sí el efecto sin muchos preparativos por parte del autor, como acontece en el teatro; si lo segundo, estos de nada valen, sino de poner más en claro la inhabilidad de los medios empleados, y de quien los empleó; bien que tampoco me agrada una historia descarnada a guisa de crónica.

Quedo instruído de que entregaste la orden que te encargué, dándote las gracias por la diligencia.

Espero con ansia esa carta sobre el camino de hierro.

Adjunta te remito una de Milanés, que me dió para mandártela, Domingo.

Tuyo como siempre, affmo. amigo y compañero.

37

Habana, y Junio 25 de 1839.

Suárez querido:

Recibí tus dos últimas cartas: la 1^a, *en donde me incluyes algo de Francisco*; la 2^a en forma de artículo necrológico. Antes ya había recibido otra con una carta de costumbres.

Dígame francamente en punto a la publicación del artículo necrológico que no me parece bien; porque una de dos, o las muchachas son universalmente conocidas y de solo indicarla se deplorará la pérdida de eminentes cualidades, o sus relaciones forman como las de todos un corto círculo. Lo primero no es adecuado al curso; y respecto a lo segundo te aconsejaría la publicación, o bien cuando por tu nombradía el público literario pudiera tomar parte simpáticamente en tus afectos suscribiendo la obra por mala que fuera, o si semejante desgracia te hubiera inspirado una obra maestra.

De otra suerte un artículo sencillo, como el que envías, no producirá efecto, porque las emociones del mismo autor no fueron otras que las vulgares, ocasionadas por la muerte de una persona digna de aprecio, pero en que no se eclipsaron estrellas vivísimas, ni resplandecientes luceros.

Leí tu carta sobre los ingenios que juzgo bellísima y en las descripciones acabada: hoy se la llevé a Domingo y la celebró mucho, agradándole en especial por los poéticos coloridos, limpieza y sonoridad de la frase el trozo donde describes las llanuras verdegai de los ingenios, formando horizonte, llanuras desprovistas de coposos árboles donde queda una que otra palma para deplorar con el perenne murmullo de sus pencas sus desaparecidos compañeros. La única publicación donde puede colocarse esa carta es en la *Cartera Cubana*, mas sin esperanzas a lo que veo de retribución pecuniaria. A Palma le averigüé, si Castro la compraría y me informó del mal estado de las negociaciones literarias. Dirigime al mismo Castro, quien confesándome que a Villaverde y a los otros les pagaba a peso el

pliego, al mostrarle tu obra me expuso que a nadie más le pagaría, que la *Cartera* no sufragaba los costos etc., etc.; de suerte que recogí tus papeles para que determines lo que sea de tu agrado. Si fuera alguna novela, y de más dimensión acaso se podría publicar si bien con escasa esperanza de lucrar. Palma me ha pedido a *Luisa* ofreciéndose a imprimirla en su imprenta, y a partir conmigo utilidades sacados los gastos de impresión de que en ningún caso saldré responsable. Acaso no se sacará nada absolutamente.

No te dé cuidado porque a ocasiones mis cartas no comprendan asuntos de que tú hables en otras posteriores: siempre llegan a mis manos y la discordancia proviene de la oportunidad de irte a dejar las mías donde Pérez.

Tuyo affmo.

38

Julio 15 de 1839.

Suárez querido:

Te envió esta por el correo en gracia de la brevedad para anunciarte haber recibido la conclusión de *Francisco* y que me parece concisa y buena.

Aparecieron los capítulos traspapelados en Matanzas, menos uno que ha quedado Tanco en buscar prolijamente.

Le entregué a Domingo tu carta y eché en el correo la de Milanés.

Tu affmo.

39

23 de Julio de 1839.

Suárez querido:

No te figures que el haberte dicho lacónicamente que me parecía bien la conclusión de *Francisco* depende de no gustarme mucho: hícelo así por falta de tiempo para alargarme; pero hoy te repito que me ha gustado infinito porque noto hasta un adelanto en tu estilo, es decir, que vas al punto principal y evitas explicaciones inútiles y lánguidas. Ya me parece que otra vez te he dado mi juicio, franco y sincero para contigo siempre, acerca de tu estilo. Es tu principal defecto la demasiada abundancia de palabras, el excesivo apego a describir todos los pormenores cuando algunos no hacen a las veces falta: pondré un ejemplo. Después de referir los golpes que le dió Ricardo a Dorotea te detienes a enumerar las reflexiones que ésta hizo, siendo así que lo más interesante que es la barbaridad del

joven absorbe la atención y no la deja reposar en esta otra parte menos animada por fuerza. En otro lugar dices: “Tres días continuó yendo a la enfermería donde tenían el consuelo de hablarse etc.” Yo considero inútil la 2ª cláusula, sabiendo el lector su contenido en cuanto se entera de la ida a la enfermería, porque viéndose los amantes lo demás se infiere de suyo sabidos los antecedentes. Yo me he tomado, pues, la libertad de hacer lo que me previenes tocante a corregir es decir, a suprimir; y al irte los borradores léelos con las supresiones que yo hago y verás que aligerándose la acción no pierde nada la fuerza de los sucesos. Villaverde y Domingo convienen en esta opinión mía que te he anunciado antes de ahora. Por último, la conclusión de *Francisco* es en sí excelente, y acaba con el más verosímil horror. Nadie la puede juzgar violenta ni mal preparada, y es un medio muy delicado el que usas de descubrir la deshonra de la pobre Dorotea sin ofender el pudor.

¿Por qué no combates esas preocupaciones de los que te impiden dedicarte al Magisterio? ¿Por qué no citas ejemplos, ya

que no valga la razón pura, y dejando a parte los infinitos habaneros de buena familia y aun de comodidades que hoy se dedican a la enseñanza, no les mientas a D. José de la Luz, a D. Felipe Poey, a Travieso, a Jorrín, etc., etc.?

Haz cuanto esté de tu parte, Suárez, por ponerte al frente de la escuela de Güines. Oh! ¡qué gusto me daría saber que te tengo de compañero en el magisterio, sí, porque tú sabes que yo soy también maestro, maestro de primeras letras, título más apreciable para mí que el de Catedrático que obtengo en la Universidad...! No te arredres por la consecución del título: tus conocimientos, tu clara inteligencia te lo aseguran y sobre todo el de la enseñanza primaria, cuyo examen han sufrido infinitos de menos instrucción y alcances. Tú sabes que Manuel es el secretario y que se trataría de servir en tí a la causa más noble, la de la educación de un pueblo cubano; tú sabes que saldrías despachado con la mayor brevedad; que sin el título, teniendo influjo con los Sres. de la Diputación, podrías regentear el establecimiento desde luego, a reserva de

ocurrir cuanto antes por el título que se despacha en dos días, de lo cual hay en la Sección infinitos ejemplares; en suma, no desperdicies la ocasión de hacer un bien tan grande. Mira que destronar de tal puesto a los empíricos que por desgracia lo ocupan, es hacer bajar una estrella del cielo para que alumbre la tierra. Yo te prometo comunicarte mis escasos conocimientos prácticos en el magisterio, y sea éste un nuevo vínculo de nuestra afectuosa amistad.

Tuyo affmo.

40

Agosto 9 de 1839.

Suárez querido:

Recibí una tuya por el correo.

No juzgo conveniente el medio que me propones sobre la escuela; más bien estoy, si lo deseas tú, porque Manuel te escriba en forma como un amigo con intervención en los acuerdos de la Real Sociedad, alentándote y aun exigiéndote, hacer el gran beneficio de encargarte de la escuela. Es majadería, chico, que no guste a tu familia, siendo hoy numerosos los ejemplares de familias pudientes y delicadas que se consagran a la educación. Trata con la persuasión de borrar esa idea mala; y siguiendo la corriente, adviérteles que si tú vinieras de la capital desterrado a Güines sólo por apoderarte del magisterio... vaya. Pero cuando estés en el Partido, y en tu ingenio, ya sales de la condición de un menguado pedagogo.

Finalizó la copia de *Francisco*. Ahí te

van los borradores; nota cuán *a mis anchas* he suprimido pedazos enteros.

Mi clase del Texto da conclusiones ;cosa inaudita en la Universidad! el día 22 si Dios quiere: cinco son los sustentantes que vienen diariamente a repasar conmigo: las proposiciones nueve nada más, pero en ellas está la quintaesencia de la nueva y vieja filosofía. Yo cuidaré de mandarte un elenco y de decirte el resultado.

Tu affmo.

P. D. Así los borradores como el elenco te irán por conducto de Agustín.

41

Setiembre 4 de 1839.

Suárez querido:

Recibí la tuya del 29.

Entregué a Domingo los libros que me enviaste; y me ha devuelto *La Vieille Fille* para que te la envíe de nuevo porque me asegura habértela regalado. Así lo hago.

Siento el término triste de tus esperanzas sobre la escuela; con cuyo motivo he admirado como siempre la generosidad de tus afectos.

Las conclusiones se verificaron el día 22. Los alumnos expusieron ampliamente la nueva doctrina: eran cinco nada más, y cuatro Doctores de réplicas a saber, el Prior Fray Pedro Infante, Horruitiner, Castro y mi hermano Manuel. A la conclusión entró al combate conmigo D. José de la Luz, que como tú sabes de antemano, no está en buena con la teoría moderna. Yo me sostuve con el calor que pude, la discusión se dilató,

concluyendo a las 12 y media de un campanillazo del rector. Se tocaron los puntos principales, explanándose por ambas partes, de suerte que los inteligentes pudieron juzgar. *Omito referirte los esfuerzos colosales de Luz, la sabiduría y erudición que desplegó, cuando te son bien conocidas.* ¡Cómo me hubiera alegrado de tenerte por juez, Suárez inolvidable! Mis ojos te buscaban allí, como si me hubieses avisado que venías... si te hubieras aparecido; no lo extraño absolutamente entonces...

Hay ahora aquí tal movimiento por la Filosofía que pone espanto. Si acaso llegan por allá los Diarios habrás visto la contienda suscitada sobre el principio de utilidad entre Ruiz y Manuel. Yo he tomado cartas por el *Noticioso*, y si acaso sale mi artículo el jueves, te enviaré un ejemplar, para que lo leas con interés y me hables con sinceridad, como de costumbre entre nosotros. Verás como me descarto de personas e incidencias y voy al grano: si allí hay algo bueno, es esto.

La autobiografía de Manzano la tiene Domingo, y las cartas.

¿Sabes que tus cartas sobre el campo me agradan muchísimo? que me interesa su lectura cual la de una novela, y que las hallo tan coloridas y originales como las descripciones de la Vuelta-abajo por nuestro Villaverde? ¿Sabes también que respecto de la segunda sobre la indolencia de los guajiros la estimaron muy severa Allende y José Rafael Travieso, al paso que Massana y otros conocedores la juzgan imparcial, a lo que me agregó yo pensando (por inferencia) en la constitución moral de nuestra sociedad campestre...? No me ha gustado menos la 3ª que acabo de recibir.

De *Francisco* qué quieres que te diga, sino que es una obra interesante por el lado de la novela, como apreciable por la exactitud de sus descripciones, pintura de la servidumbre y generosos pensamientos del autor...? Es verdad que *Francisco* es un carácter especial con asomos fantásticos; pero ni le falta verosimilitud, ni escasea en toda la obra conocimiento de la realidad, mostrada desnudamente a ocasiones, y cual ella es. Disculpo tanto más el único defecto que en cuanto al plan de la composición se te

dirige, cuanto que le es imposible al novelista que retrata horrores, no acogerse a un personaje, hacerlo bueno e idealizarlo, para que sea una protesta contra los demás y lleve el sello de sus pensamientos. A eso se debe el buen concepto que te ha merecido.

Siempre tuyo.

¿No llegó el elenco, y una carta de Del Monte?

42

Habana, Noviembre 14 de 1839.

Buen amigo Suárez:

Al cabo recibí carta tuya con fecha de ese propio mes, porque las anteriores de que me hablas no han llegado a mis manos, ni obran en las listas recientes ni atrasadas del correo, ni tampoco la que dirigiste a Domingo incluyéndole la recomendación a favor de Villaverde. Este amigo salió bien por fin, después de muy grandes aprietos que lo tuvieron desazonado y más que desazonado, medroso.

He leído tus reflexiones acerca de hacerte cargo de la Cátedra de Derecho en ese ideado Colegio; y muy lejos de darte un voto desfavorable para catedrático me asisten fuertes razones para darte aliento. Es la primera, que me constan tus estudios en el derecho español, estudios que si bien dejados de mano por los tristes acontecimientos de tu familia, los rehabilitarías tú mismo

con el menor esfuerzo, y de una manera gustosa, y que pone espuelas al deseo de aprovechar con su saber a la enseñanza, en el que escoge esta profesión. Agrégase que tú no te has limitado a considerar las leyes como un plan frío de los gobiernos, ni como una artificiosa red de los Legisladores, sino que subiendo más alto, ayudado de Comte, has comprendido que hay una ciencia de donde emanan los fundamentos y reglas del arte, y que estriba en la ciencia misma del hombre, en sus necesidades de toda especie, ejerciendo estas su influjo sobre la libre actividad según la cultura y medios que los pueblos abarcan. Además, un catedrático joven, ansioso de saber, y de acreditarse con el entusiasmo y calor de la novedad para él y para los demás, es por sí sólo una prenda de buen desempeño, aún cuando carezca de constancia, mal que jamás te aquejó.

Pero al mismo tiempo que tan a placer recuerdo tus cualidades para el puesto, preveo que no has de obtenerlo, porque él no existirá, o si existe durará poco. En los Diarios se ha insertado una Real orden prohibitoria del establecimiento de Cátedras

de Derecho en colegios particulares, y el Gobierno no concederá licencia a Calcagno. El proyecto de un instituto como el que se trata de fundar me parece monstruoso. ¿Cómo Güines que no tiene educación primaria para todas las clases, podrá sostener el lujo de la educación secundaria y científica...? ¿Mas si a pesar de esto tú ves que el plan se sostiene, si tu visita a Calcagno te ministró otras resultas, avisa si es hora de recogerte cartas de recomendación, que a buen seguro no te faltarán de las personas que me indicas.

43

Los otros días escribí los adjuntos versos teniéndote en el pensamiento a tí y a nuestra amistad. En ellos mismos reconozco que el estado de mi alma no consentía mucho aliño, ni la ley severa del consonante. Mejor hubiera sido escribir en prosa las mismas ideas. ¿Qué dices tú?

Mr. Madden, el comisionado inglés, le hace a Domingo mil celebraciones de tu *Francisco* en una carta, que piensa transcribirte.

¡Ojalá pudiera yo conseguir que vaya junto con esta mía! Tuyo affmo.

44

15 de Noviembre de 1839.

Tanco le dice a Domingo en carta de 15 de Noviembre, lo que sigue:

“Te devuelvo la novela de Suárez leída por mí y por otros aficionados, que son pocos en Matanzas no precisamente al género, sino al asunto de la novela, y por mi parte debo decirte que es obra de gusto y que veo en ella nuestra tierra con todo su horroroso colorido: así es como creo yo que debe escribirse, y no de otra manera, que es perder el tiempo. Dejemos la ridícula manía o el error de pintar una sociedad escogida: la sociedad, blanca sola, aislada porque los *negros se destiñen* y ensucian a esa sociedad, y es preciso verla con los tiznes que le deja su roce: es decir, que es necesario, indispensable ver los negritos. Dile al señor Suárez que su novela tiene la aprobación de cuantos la han leído, y no tienen embrutecida la razón y abotagada la sensibilidad: que está

todo muy bien pintado sin afectación, con un lenguaje natural y propio de cada personaje; que el mayoral está divinamente representado de puro infernal y malvado que es, y como lo son todos los mayores".

Tu affmo.

45

Habana, 25 de Noviembre de 1839.

Suárez inolvidable:

Interín viene tu contestación a mi anterior, que la espero el viernes o sábado, quiero ya que tengo tiempo, conversar contigo cuanto ahora se me ocurre, por escrito. Las dos tardes de ayer y antier estuve recorriendo las cartas de nuestra última correspondencia, dos de las cuales alcanzan al año de treinta y seis. No puedes figurarte el gusto que me proporcionó semejante registro, porque refrescándose en mi memoria multitud de pormenores deleitosos por demás, tenían para mí tus cartas cierto aire nuevo, que me las hizo más apreciables que nunca. ¡Oh Suárez! ¡cuántas pruebas hay en ellas y debe haber en las mías que acaso conservarás tú, de nuestro mutuo cariño, del rumbo que siguieron nuestros trabajos, y de los cambios que la reflexión ha ido trayendo, así en nuestras ideas, como en nuestra pro-

pia conducta. . . ! ; Cuántas revelaciones candorosas, aún de nuestras flaquezas, necesarias entre dos amigos que lo fueron desde la escuela, y que sin ellas desconocerían el móvil oculto de las inspiraciones de cada uno !

Volví a leer tu principiada composición sobre la música ; y te confieso que recordando por el tenor de tus cartas el juicio que entonces te dí, y que fué motivo de que no la acabaras ; te confieso, digo, lo severo de aquel fallo, y la elocuente sencillez con que están expresados tus afectos en dicho fragmento, para mí precioso.

Nuestras cartas son para nosotros, pero sólo para nosotros interesantes y queridas ; se vé en ellas el sincero afán de dos amigos que se juntan para aprender, cuyo vínculo es el estudio, vínculo que enlaza los sentimientos y de camino las subordinadas voluntades, estrechándose de este modo en la parte más noble del individuo ; se vé el estado de sus opiniones en jurisprudencia, en moral, poesía y bellas letras ; se las ve conformarse a ocasiones, y a ocasiones sacudir el yugo de los afectos y combatirse en el

seno de la amistad misma, que llena de templanza los escritos y embota los filos de la dialéctica con su dulzura, para que no se lastimen los combatientes. ¡Qué bello es todo esto, amigo mío! Por un tesoro no diera yo mis cartas, ni nadie me las querrá tampoco comprar porque a un tercero de seguro que habían de fastidiarle: prueba a repasar las que tú tienes allá, y cuenta las emociones que experimentes a quien te refiere las tuyas. ¡Qué buenos ratos hemos pasado en esta vida desde la escuela, unidos por el empeño de saber nada más! Aquellas cartas abominables con que dimos principio ¿te acuerdas? todavía tengo presente su desaliño, su simplicidad, sus tonterías y su incorrección; pero así fuimos adelantando, y pasada nuestra niñez ya habían pasado sin sentir nuestros ensayos de composición, cuando los demás compañeros estaban, y están muchos, torpes e inútiles para reducir con orden y alguna elegancia sus pensamientos a palabras escritas. Cayéndonos, aprendemos a andar.

Hoy nos son menos conocidas las ocupaciones que cada uno tiene: antes diariamem-

te nos veíamos. ¡Ya se vé! tu ida, y larga residencia en Güines... ¿Quieres que te relate mi vida actual?: Pues óyeme, que nada esencial, ni no esencial omitiré. Levántome no muy temprano, y como ahora ama-
nece tarde, despierto a las siete poco más o menos. Leo y estudio hasta las nueve a Herder (*Filosofía de la Historia del género humano*), a Bacon (*Novum Organum*) y alguna novela de Balzac o cosa así por remate, copio un trozo inglés de una revista en un cuaderno, y parto a casa de Manuel mi hermano; allí traduzco y leo el trozo inglés con un bachiller que lo entiende, hojeo y aun despacho algún proceso, tomo algún libro de derecho o publicación nueva, converso con los amigos Travieso, Fernández y Montalvo, y parto para la Audiencia si tengo noticia de que hay buenos estrados. ¡Lástima que tú te pierdas de una cosa tan útil como es la asistencia a los estrados! Allí he oído hablar a Bermúdez, Zambrana, Armas y últimamente a José Agustín Govantes que hizo grande impresión en los Oidores y el público por lo contraído de sus razones al caso en cuestión, su conocimiento en el dere-

cho y la facilidad que raya en profusión, adquirida en el desempeño de la Cátedra de *San Carlos*. Allí se aprende mucho, porque cada caso requiere la exposición de doctrinas que le convienen, y a poca costa, de sólo oír, va uno aprendiendo. Pues, dejando este paréntesis sigo mi cuento. A las doce me encamino a la *Academia de niñas*, que es como encaminarse a la diversión más grata, porque la mirada de aquellos ángeles, tan puros todos, es una gota de rocío que me refresca el corazón. La severidad que me veo forzado a aparentar mil veces, es tan exterior, que no puede durarme dos minutos; y luego son tan dóciles y buenas, aunque no siempre demuestran ceder, que sólo la templanza y el buen modo logran sacar partido. Además, yo creo que la suavidad no puede menos de infundir dulzura en el carácter de mis discípulas; y sé por experiencia que entonces una sola palabra, la más leve manera que indique desvío, produce efectos más sorprendentes que un áspero grito, o bárbaro e indecente golpe. Yo no me puedo hallar sin enseñar: me siento con vocación para quebrantar las espinas del magisterio: ni me

cansa repetir; ni se me agotan los recursos para darle a lo más viejo un barniz de novedad que aumente atractivo a lo que frecuentemente le falta. El placer de ir viendo los progresos, los crecimientos y desarrollo de la semilla que uno pone, por decirlo así, en sus inteligencias, aquella intuición maternal que se tiene de lo que pasa en sus débiles entendimientos y superabundante memoria; son Suárez querido, una recompensa divina, un gozo inefable que le agradezco a Dios haberme concedido desde mis primeros años. Acabo mi clase, y me recojo a la una a casa, donde repaso a Salvá, Aristóteles u otro libro de filosofía, te escribo si hay necesidad, hago algún escrito para la academia, o copio ya mías, ya ajenas, algunas reflexiones sueltas en el libro que tú has visto. Suspendo mis ejercicios para comer, y en acabando me enfrasco de tal suerte en la lectura de Jovellanos, que suele ser con perjuicio de la digestión, que envía sus reclamos. Estudio en seguida una lección de derecho, y voy a casa de los Calvets a darla en compañía del célebre Gutiérrez, López, Allende, Travieso (el practicante de Manuel, ads-

cripto nuevamente) Allende y el otro Travieso. En aquella reunión se habla de todo, y suele ser con tal exceso y buen humor que se olvida la lección, difiriéndola para el siguiente día. De allá salgo, bien para recogerme, bien para ir a la retreta o hacer algunas visitas, pues no estando todavía *enamorado*, a ningún paraje estoy sujeto, sino que ando libre y a mis anchas por todos, servidor perenne de cuantas damas pueda, empero—“De ninguna señor, de nadie esclavo”—; si bien no deja de remorderme la conciencia a menudo, deseando detenerme en una para no hacerle perjuicio a ninguna, como tendré que hacérselo por feo y desgraciado que sea, mientras viva de *mariposón*, como acostumbro llamarme. Hay noches que voy a entretenerme al teatro principal donde la ópera me ha hecho, a fuerza de oirla, filarmónico perdido. En vez de llevar educado el oído, voy allí a educármelo: y créete que un nuevo manantial de indefinible deleite comienza a bañarme el corazón. La música cuya ternura y melancolía espiritual me hechiza más, es la del malogrado Bellini, autor de la incomparable *Norma* y de la

famosa *Julietta*. También Donnizetti en su *Lucía* me ha herido, acaso muy íntimamente, los senos más ocultos del alma. Yo me pongo expofeso a sentir, y me rindo del todo al influjo de la armonía, conociendo con frecuencia que no es bastante un corazón para sentir y que se necesitan muchos en cada pecho.

He aquí la vida. Tal vez me echarás en rostro que disfruto demasiado, y que aprovecho poco el tiempo, que los días de fiesta, por ejemplo debía, como antes, consagrarlos casi exclusivamente al estudio. No es posible: no tengo muchas fuerzas físicas para resistir, *y ahora los días festivos y las noches de los jueves los destino a discusiones filosóficas con Pepe de la Luz, de resultas de los artículos del Diario*. Héme, pues, disputando y hablando antes de saber. ¿Tú qué haces?

Siempre tuyo affmo.

46

1º de Diciembre.

Suárez querido:

Recibí tu postrer carta, y quedo enterado del término que han tenido tus esperanzas respecto a la cátedra de derecho. Yo te anunciaba (como lo habrás visto) en mi anterior, sin saber nada de cierto aun, que no podía suceder de otro modo. Por mi parte, siento que tus proyectos de hacerle servicios tan apreciables a la patria se frustren lastimosamente; y si he de hablarte con franqueza, ahora que se me ocurre, te repetiré que siento también el obstáculo que te oponen las preocupaciones de tu propia familia, a pesar de su santísima intención, cuando tú menos te cuidas de los extravíos del juicio vulgar. ¿Por qué no aprovecharse con decoro de sus luces para adquirir hacienda? ¿La razón no justifica tan eminente medio, en que se gana, derramando el saber y haciendo ganar muchísimo más a los pue-

blo...? Otra vez recuerdo haberte insinuado que la gloria que puede resultarme de obtener en la Universidad un puesto como Catedrático, no equivale para mí, ni con mucho, al placer y a la satisfacción de que me lleno al verme rodeado de niñas, siendo su *maestro* y desempeñando una clase inferior; porque ni me acuita el ganar trabajando, como tampoco te acuitaría a tí, de cuyos sentimientos estoy muy seguro, ni dejo de conocer que este último género de discípulos hacen que sean más *míos*, que yo sea el padre, por decirlo así de sus pensamientos, que ellos sean mi obra, y que perpetuando mi memoria en cada uno, experimente el placer de pensar que los conocimientos que les inspire yo habrán de acompañarlos toda su vida...

Determinas interrumpir tus cartas sobre el campo, y siendo por el motivo que expones a mi consulta, no disto un punto de tu opinión. No obstante, de las que hay por acá, y le he entregado a Domingo, acaso pueden darse a luz algunas.

De la autobiografía de Manzano, diréte lo que sucedió para que, a pesar de tu encargo,

no la leyese, ni te diera mi voto, apreciable solo para tí por lo mucho que nos queremos. Llegó a mis manos, cuando andaba no poco ocupado, y habiéndoselo dicho a Domingo, quiso lerla desde luego. Cometida la imprudencia de darle la noticia, ya no pudo menos de entregarle el Cuaderno que apenas hojeé, y aun no he vuelto a repasar. Trataré de hacerlo y de pedirle a Domingo que al escribirte te exprese su juicio.

El no ha podido hasta aquí verificarlo, ni traducirte la carta del Doctor Madden en razón a los quehaceres que lo traen a la sazón muy entretenido; y tanto que se me pasan los días, contra mi costumbre, sin verlo, porque se encierra a trabajar según sé, y él me ha dicho.

Para apagar tu sed de lectura te remito este Cuaderno, uno de los de la colección de las obras de Jovellanos. Contiene íntegro su discurso memorable sobre las *diversiones públicas*. Tal vez tú no habrás leído nada de un español tan distinguido, como celebrado por su dicción lozana, fluída o castiza, sin dejar de ser compatible con el estilo moderno. Yo ahora he venido a leerlo; y

juzgo que te vendrá de perlas: en acabando te remitiré otro y otro: que yo estoy leyendo cuantos tengo a mano, y me agradan sobre todo encarecimiento. Tu affmo.

¿ Me habrás escrito? ¿ Y los versos?

47

Habana, 6 de Diciembre de 1839.

Suárez querido:

Acabo de recibir la tuya fecha de hoy mismo, y viendo la imposibilidad de que en la propia arria vaya ésta me determino a echarla por el correo.

Me parece excelente tu carta de costumbres que le diriges a Milanés. Me he reído con ella grandemente: léisela a Massana que estaba acaso delante y la juzgó muy buena celebrándola en demasía. Ya ves que no soy yo sólo el que pienso favorablemente acerca de lo tuyo. En punto a la publicación de tus cartas sobre el campo, soy de opinión que vayan al *Noticioso*, porque el censor Medina te conoce, y habrá menos reparos. Ahora este periódico está sumamente favorecido, porque lo dirige un tal Pardo a quien no le falta alguna ligereza y gracia para escribir, y ha crecido extraordinariamente el número de suscritores, desde que él se ha hecho cargo. Dí tu resolución.

Siento que todavía sus quehaceres no le hayan permitido a Domingo trasladarte al castellano las expresiones encomiásticas y sumamente satisfactorias del doctor Madden sobre *Francisco*. El le entregó toda la novela en cuerpo y alma en vísperas de partir.

Veo que te agradó la historia de mi vida: pues se me fueron varias cosas que si me dan tiempo mis ocupaciones, (no te creas que soy algún corredor o agente) irán en el arria venidera.

En casa de Agustín dejó para que te los envíen los tres tomos de *Nuestra Señora de París*. Son de Domingo. ¡Va una apuesta a que no te gustan tanto como la primer vez que los leíste! Pasó ciertamente la época de tan exagerado romanticismo; y por más que no quieras, aplicarás a sus descripciones, plan y remate la crítica más severa.

Para facilitar la enseñanza del Texto compuse unas breves lecciones (creo habértelo anunciado) y tal vez te enviaré junto con *Nuestra Señora* un ejemplar recién impreso, pues está a punto de concluirse dicha impresión. Tuyo affmo.

48

Habana, Diciembre 9 de 1839.

Suárez:

Te prometí formar un apéndice a la exposición de mi vida y aprovecho este rato de descanso para cumplir mi encargo; rato en que acabo de llegar de la escuela donde he trabajado hoy con doble diligencia porque se avecinan los exámenes. ¡Oh, si tú estuvieras en la Habana, tendría el gusto, que no tuve el año pasado ni nunca, de que juzgases por tí mismo sobre mi pobre enseñanza y de que le preguntaras a mis discípulas acerca de lo que formó en nuestras primeras relaciones el vínculo de nuestros estudios y amistad, de la Gramática!

Los lunes y jueves (entro en materia) son días destinados, como tú no ignoras, a la Academia teórico-práctica de Jurisprudencia, y yo tengo el orgullo y el placer de decir que soy de los que hacen el gasto de sus tareas, si bien cumplido ya tan ventajosamente.

te, que casi me sobra un año. Estimo muy útil la reunión de bachilleres para discutir procesal y verbalmente las más brillantes cuestiones, doliéndome por eso que la mayoría piense y obre de distinto modo.

Suele haber sus estrados algunas tardes, y por escaso que sea el talento de los abogados defensores, con lo que hablan ellos, y los jueces, y los demás compañeros y con lo que al cabo decide la mesa llegan las disputas a su mayor dilucidación. Entre manos traigo ahora una causa sobre alimentos donde me han de revocar la sentencia de vista, o he de poder yo poco.

Los jueves a las siete de la noche hasta las nueve y media, y los domingos desde las once hasta cerca de las dos de la tarde concurre a casa de Pepe de la Luz a continuar nuestras discusiones filosóficas, que tuvieron origen, según te he comunicado, porque yo inserté en el "Noticioso" una traducción de Cousin (no son mías sino de Manuel las que hoy salen todavía) cuya traducción así que fué impugnada por Don José en el Diario, salí a defenderme en el mismo, y él tornó al combate con tan largo comunicado que en la

imprensa se negaron a insertar otros nuevos; él entonces me convocó a su hogar doméstico, y en prueba de mi profundo respeto a sus luces y bellissimo carácter de sabio y de hombre no dudé ir, aunque dificultando que conviniésemos jamás. Esto es lo que ha sucedido, pues el resultado actual de la discusión se reduce a que yo he reconocido alguna que otra exageración de fervor en los corifeos de mi doctrina, pero nunca errores sustanciales en su esencia, ni mala fe o segunda intención en los que la profesan, según *Pepe de la Luz* cree firmísimamente.

Semejante polémica llevada en los términos, que el candor y la delicadeza inimitables de aquel ilustre habanero consienten, me ha proporcionado el gusto de conocer a fondo todo lo que es, y lo que abraza su enciclopédica sabiduría. No te puedes figurar, Suárez, las graves reflexiones que trasluce aquella mirada intensa, aquellos ojos que parecen tener vista para adentro, ni la especie de veneración que se concibe por un hombre para quien la vida no es sino el sacrificio de las riquezas y los honores de

cualquier género *a la sed devoradora de verdad!*

Nunca mis convicciones filosóficas han tenido más ocasión de hacerme sentir su firmeza, porque cien veces conociéndome pequeño y nulo delante de aquel hombre, he batallado por convencerme de lo contrario a mis principios, mi voluntad ha luchado con mi entendimiento, y *jamás* lo ha podido subyugar!

A propósito de Filosofía, te remito las lecciones ya impresas. Léelas, y tu juicio al canto.

Ya tendrás en tu poder a *Nuestra Señora de París*.

Tu afectísimo.

Si tienes el *Diario del 8 a mano*, lee mi juicio crítico sobre *Cecilia Valdés*.

49

Habana, 3 de Enero de 1840.

El haber introducido yo, Suárez querido, la materia del bien y del mal en mis *Lecciones*, de que te envié un ejemplar, fué hijo de las circunstancias en que me hallaba al escribirlas.

Discutíanse entonces por los papeles públicos sobre si la utilidad o la ley de lo justo servían de base a la moral, y a consecuencia de las reflexiones que sobre el caso hicimos, se me ocurrió resumir en pocas palabras mi doctrina nueva del *bien*. La cual se reduce a que el bien es la verdadera sustancia, porque es Dios mismo, sin el cual no existiría nada un segundo, que todo lo que es, es bueno en sí, y que la raíz del mal está en la libertad humana, esto es, en la voluntad y poder de producir nuestro: porque en rigor sólo debe llamarse malo al sér moral que se separa del orden fijo y eterno de la sabiduría con conciencia del acto que eje-

cuta, v. gr., a un asesino; al paso que un *alacrán* puede sernos dañoso en la medida relativa de nuestra sensibilidad, pero en sí no es malo y corresponde al santo o inmenso plan de la creación. De consiguiente el *bien* tomado en el concepto de la esencia divina por lo que más nos la descubre, reasume en sí el orden y la belleza inmutable de las cosas, y el cual no es sino la negación posible de ese orden, proveniente del albedrío humano en que hasta ciertos límites se decide a su voluntad por su causalidad propia. Aquí la variedad, aquí el desorden. El mal no es sustancia infinita, ni existe por sí; siendo forzoso concebirlo como un instrumento o medio que Dios ordenó a los demás... a los de purgar el bien, y dejarlo vencer los obstáculos que cada día nacen de una pasión y debilidad nuestras; por eso Dios, que es el bien, es uno; y el mal se presenta variado, y asaltando a los hombres, según su posición, es decir, relativamente, sin que esto se oponga a que la virtud en la propia consideración relativa, tenga sus grados, como tú dices. Mi intención era indicar, siguiendo a San Agustín, que el bien

es lo absoluto, y el mal no corresponde a esencia absoluta de ningún género: por tanto, es transitorio, es de la tierra, es una prueba; y, o tendrá fin como todo lo que muda, o no hay Dios.

Recibí la carta sobre *Guaajiros*, que continúa, el capítulo segundo de *Francisco*, el discurso de Sarmiento, y dos cartas, la primera del 13, del 20 la segunda, ambas tuyas: las cuales por mis ocupaciones y descuido superviviente hasta ayer han estado en casa de Pérez, sin recibirlas.

Considero demás hacerle a Pardo Pimentel proposición sobre el precio de tus cartas, porque hay la mayor seguridad de que no ofrecerá nada por ellas, y entonces aunque se las entregue gratis, las recibirá con menos entusiasmo y aprecio que ofrecidas así desde el principio. El gana escribiendo como editor del *Lucero*, y llena su compromiso escribiendo alguno que otro día tres o cuatro anécdotas o chistes en el folletín del periódico; de manera que aumentando, ya por sus relaciones o por haber caído en gracia los suscriptores no pueden de modo alguno estar en sus intereses pagar ningún artícu-

lo, cuando al contrario exige que por cierta clase de comunicados y por las poesías le paguen en la redacción. Esto de ganar por la literatura lo veo yo muy hondo aquí todavía: a no ser así, en un periódico diario, acreditado, antiguo y casi sin competidor. A mí, sólo *La nube en el cielo*, me produjo la estrujada cuota de \$10; que *Luisa* y aún las *Lecciones de filosofía* sin contar con las novelas del *Album* jamás me produjeron nada. He trabajado hasta aquí sin otra recompensa literaria que la escasa gloria que en mi tierra puedan producir mis pobres borrones. Aun cuando se haya proporcionado que yo le impusiera condiciones al impresor, no lo he hecho, pasando por generoso, en atención a que si no me daba al fin las *cuenta del gran capitán*, vendría a ser tan miserable el beneficio que no merecía la pena de sumar y restar, pedir relación y lidiar con gente desconocida. Si aquí pudiera una obra hacer la fortuna de un escritor como en Inglaterra o Francia!!

Con respecto a mi crítica de la *Cecilia Valdés*, es muy cierto que en una de tus cartas me diste la propia opinión que sostu-

ve allí acerca del nuevo estilo de Villaverde. No te puedo remitir ahora la novela, porque no la tengo yo; pero así como la conseguí para leerla, la buscaré para tí.

¿Leiste el *Diario* del sábado 21 donde salió un discurso de varios conocidos sobre el beneficio de inventario? Tú que conoces a los que lo suscribimos habrás experimentado mucho gusto en repasarlo. ¿Qué te parece? Lee también, y dame tu juicio sobre un artículo mío, titulado *Jurisprudencia*, que salió en el mismo *Diario* el 28 del propio Diciembre próximo pasado.

Recibí el cuaderno de Jovellanos. Te envío ahora el segundo tomo de sus *Memorias*, sintiendo no enviarte el primero. No me lo han devuelto; pero creo que puedes leer sin reparo el segundo, porque contiene documentos y piezas sueltas que sirvieron de antecedentes a los hechos referidos en el primero. Además como principalmente se va a estudiar el estilo...

Siempre tuyo affmo.

P. D. Va el discurso o papel sobre la música, bajo la condición subentendida de devolverlo.

INDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCION	5
Carta 1 Abril 14 de 1836.....	19
Observación sobre Pacto Social.....	22
Carta 2 Mayo 18 de 1838.....	28
„ 3 15 de Junio 1838.....	31
„ 4 20 de Junio.....	34
„ 5 27 de Junio de 1838.....	40
„ 6 7 de Julio de 1838.....	42
„ 7 Día 12.....	44
„ 8 25 de Julio.....	49
„ 9 Agosto 8 de 1838.....	53
„ 10 Agosto 17 de 1838.....	55
„ 11 5 de Setiembre de 1838.....	57
„ 12 Setiembre 15 de 1838.....	61
„ 13 Setiembre 25 de 1838.....	65
„ 14 Octubre 1º de 1838.....	70
„ 15 Octubre 12 de 1838.....	72
„ 16 22 Octubre de 1838.....	73
„ 17 31 de Octubre de 1838.....	77
„ 18 Noviembre 4 de 1838.....	80
„ 19 Noviembre 10 de 1838.....	87
„ 20 14 Noviembre 1838.....	89
„ 21 Noviembre 17.....	91
„ 22 Día 26.....	95
„ 23 Día 28.....	100
„ 24 Enero 9 de 1839.....	105
„ 25 18 de Enero de 1839.....	108

Carta 26	26 de Enero de 1839.....	112
„	27 Día 29.....	115
„	28 Febrero 15 de 1839.....	116
„	29 27 de Febrero de 1839.....	118
„	30 13 de Marzo.....	121
„	31 Marzo 23 de 1839.....	122
„	32 Abril 16.....	125
„	33 Habana	127
„	34 10 de Mayo.....	128
„	35 Mayo 27.....	131
„	36 11 de Junio de 1839.....	132
„	37 Junio 25 de 1839.....	134
„	38 Julio 15 de 1839.....	137
„	39 23 de Julio de 1839.....	138
„	40 Agosto 9 de 1839.....	142
„	41 Setiembre 4 de 1839.....	144
„	42 Noviembre 14 de 1839.....	148
„	43	151
„	44 15 de Noviembre de 1839....	152
„	45 25 de Noviembre de 1839....	154
„	46 1º de Diciembre.....	162
„	47 6 de Diciembre de 1839.....	166
„	48 Diciembre 9 de 1839.....	168
„	49 3 de Enero de 1840.....	172



CUADERNOS DE CULTURA

TERCERA SERIE

1

Juan Clemente Zenea: POESIAS.

2

Domingo Delmonte: HUMANISMO Y HUMANITARISMO.

3

Francisco Javier Balmaseda: CONFINAMIENTO Y AGRONOMIA.

4

José Martí: ESPIRITU DE AMERICA.

5

José Jacinto Milanés: ALGUNAS POESIAS.

6

Luisa Pérez de Zambrana: ELEGIAS FAMILIARES.

CUARTA SERIE

1

Francisco de Frías: REFORMISMO AGRARIO.

2

Esteban Borrero Echeverría: LECTURA DE PASCUAS.

3

Rafael Moñtoro: IDEARIO AUTONOMISTA.

4

José Martí: APUNTES DE UN VIAJE.

5

José Z. González del Valle: LA VIDA LITERARIA EN CUBA.



Este cuaderno se distribuye gratis, como medio de divulgación cultural, por la Secretaría de Educación.

BIBLIOTHÈQUE
DE L'UNIVERSITÉ
DE CAEN